

**Aproximación al pensamiento de Eduardo Caballero Calderón en el semanario  
*Sábado* (1945-1953) durante la época de la Violencia**

Alejandra Bermúdez Cardona

Trabajo de grado para optar por el título de Filóloga Hispanista

Asesora

Mg. Diana María Barrios González



Universidad de Antioquia  
Facultad de Comunicaciones  
Filología Hispánica  
Medellín  
2020

*Este trabajo fue realizado con el apoyo del Fondo para Apoyar los Trabajos de Grado de Pregrado de la Facultad de Comunicaciones y el Comité para el Desarrollo de la Investigación de la Universidad de Antioquia*

## Tabla de contenido

<b>Resumen .....</b>	<b>5</b>
<b>Introducción.....</b>	<b>6</b>
<b>Capítulo 1. Análisis de algunos estudios de la época de la Violencia: puntos de convergencia y contraste.....</b>	<b>9</b>
<b>Capítulo 2. La Violencia y la teoría de los campos de Bourdieu .....</b>	<b>20</b>
2.1. Panorama del campo cultural en la época de la Violencia .....	23
2.2. Panorama del campo literario en la época de la Violencia.....	27
2.3. El campo intelectual: Caballero, un intelectual comprometido .....	31
<b>Capítulo 3. El semanario <i>Sábado</i> como testimonio de una época .....</b>	<b>38</b>
3.1. Caballero y su percepción sobre el “pobre y rudimentario” campo cultural colombiano ....	43
3.2. Caballero y su posición frente a dos debates relevantes de la época: la cultura y la raza ....	52
3.3. La percepción de Caballero sobre la Violencia: transformaciones en la función del intelectual.....	58
<b>Conclusiones .....</b>	<b>63</b>
<b>Relación de artículos consultados en el semanario <i>Sábado</i> .....</b>	<b>66</b>
<b>Referencias .....</b>	<b>68</b>



## **Resumen**

La Violencia fue un conflicto que transformó al país en diversos aspectos como el político, social, económico y cultural, este último es el que más interesa a esta investigación, pues a partir de la teoría de los campos de Pierre Bourdieu se abordarán algunos de los principales cambios que tuvo el campo cultural colombiano durante esta época, así como la relación de los productores culturales, específicamente de Eduardo Caballero Calderón, con el campo político. Además, se analizarán cuáles fueron las principales posturas de este autor respecto a tres temas: el estado del campo cultural, raza y cultura y la Violencia; para ello se tendrán en cuenta varios textos publicados por Caballero en el Semanario *Sábado* durante los primeros nueve años (1945-1953) de este periodo.

## Introducción

La época de la Violencia es como se ha llamado al conflicto bipartidista que ocurrió en Colombia a mediados del siglo XX, el cual transformó al país en diversos aspectos como el político, social, económico y cultural. Es importante aclarar que no hay un consenso sobre la delimitación temporal de esta coyuntura histórica, ya que algunos estudiosos de este periodo retoman el conflicto desde El Bogotazo en 1948 hasta la consolidación de las guerrillas en 1966, mientras que otros abordan el conflicto desde 1945 con la renuncia del entonces presidente Alfonso López Pumarejo hasta el “golpe estado<sup>1</sup>” de Gustavo Rojas Pinilla en 1953<sup>2</sup>. Para este trabajo de investigación se tomará como referente y se aceptarán las delimitaciones históricas hechas por Gonzalo Sánchez y Donny Meertens en su libro *Bandoleros, Gamonales y Campesinos. El caso de la Violencia en Colombia* (2002), en el cual los autores hacen una delimitación de esta época desde 1945 a 1965<sup>3</sup>. No obstante, se debe tener en cuenta que, debido a la extensión del periodo y los alcances de esta investigación, solo se tomarán como objeto de estudio los años que van desde 1945 hasta 1953.

Aunque la época de la Violencia cuenta con varias investigaciones promovidas desde diferentes disciplinas como la historia, la antropología y la sociología, una gran parte

---

<sup>1</sup> Este acontecimiento se conoce más como un “golpe de opinión” debido a que no hubo acciones violentas y una buena parte de la opinión nacional, tanto liberales como conservadores, así como Laureano Gómez, el entonces presidente, estuvieron de acuerdo en que Pinilla se tomara el poder con el objetivo de que este militar solucionara el conflicto que venía presentándose en el país (Patiño, 2017).

<sup>2</sup> El politólogo Otty Patiño sostiene en su libro *Historia privada de la Violencia* (2017) que el conflicto va desde 1945 hasta 1953, por su parte la periodista y escritora Laura restrepo señala en su texto *Niveles de realidad en la literatura de la ‘violencia’ colombiana* (1985) que el conflicto tuvo lugar desde 1948 hasta 1966 y el historiador Pierre Gilhodés indica en su texto *La violencia en Colombia; bandolerismo y guerra social* (1985), que este conflicto tuvo sus inicios en 1946.

<sup>3</sup> Esta misma delimitación la hace el sociólogo Daniel Pécaut en su texto *Reflexiones sobre el fenómeno de la violencia* (1985).

de estas investigaciones se han concentrado en hacer una descripción de los acontecimientos o en las cifras de muertos y desaparecidos que dejó el conflicto. Desde la perspectiva de la crítica literaria este panorama no es más alentador, ya que muchas de las investigaciones son catálogos en los que se clasifica y describe la literatura que se produjo durante este periodo histórico. Por esta razón, se hace necesario otro enfoque para llevar a cabo estas investigaciones, como la sociología de la literatura y la hemerografía, las cuales implican “otra forma de interpretar los acontecimientos históricos, a partir de la mirada del mundo de la literatura y las artes” (Builes, p. 95). Así mismo, este enfoque permite estudiar a los escritores y obras que hicieron parte de la época de la Violencia como resultado de un determinado contexto político, social y cultural e indagar por la función y tipo de intelectuales de la época, puesto que “en cada periodo hay un tipo dominante, el cual depende de las relaciones entre capital cultural y económico y el grado particular de desarrollo de las clases y los proyectos políticos” (Urrego, 2002, p.13). En esta línea de sentido, el objetivo de este trabajo es, a partir de la teoría de los campos de Pierre Bourdieu, realizar una descripción general del estado en el que se encontraba el campo cultural y los subcampos literario e intelectual durante este periodo; así como realizar una aproximación a las posturas culturales y sociales esbozadas por el intelectual Eduardo Caballero Calderón desde 1945 hasta 1953, para ello se seleccionó un corpus de textos pertenecientes al Semanario *Sábado*. La elección de este periódico se debe a las pocas investigaciones que se han realizado del mismo y a que como se pudo comprobar durante la construcción del corpus, *Sábado* es un claro reflejo de las transformaciones que sufrió esta época, sin embargo, es necesario tener en cuenta que el Semanario se utilizó como una fuente más que como objeto de estudio. Igualmente, es necesario señalar que los trabajos que existen sobre la obra en prensa de Caballero son muy escasos, los encontrados fueron los siguientes: el

primero de ellos trata sobre los escritos ensayísticos de Eduardo Caballero, en el artículo titulado *Eduardo Caballero Calderón: panorámica de su obra ensayística* (2010), realizado por la investigadora Claudia Acevedo, la autora hace un recuento y análisis, como su mismo título lo indica, panorámico de los ensayos escritos y publicados en formato libro por este autor. Lo que pretende este artículo es un acercamiento breve a la obra ensayística de Calderón y una invitación a estudiar estos textos; el segundo estudio encontrado es el libro titulado *Eduardo Caballero Calderón* (1982) de Augusto escobar Mesa y Luis Bedoya, en el cual los autores realizan un catálogo de los textos publicados por Caballero en los periódicos *El Espectador* y *El Tiempo*, sin embargo, no se hallaron investigaciones concentradas en analizar la obra de este autor divulgada en publicaciones periódicas, hecho que constituye una fuente relevante para entender, no solo el pensamiento de este escritor sino también la época en la que vivió, las relaciones de poder que se daban en el campo cultural, así como el tipo de intelectual que caballero fue y su participación en el desarrollo de los campos de producción cultural.

Para la selección de los textos que servirían como fuente para esta investigación, se revisó el periódico desde 1945 hasta 1953 y se extrajeron varios datos que quedaron consignados en una matriz que constaba de los siguientes elementos: la fecha de publicación del artículo, el número, el título del artículo seleccionado, las paginas en las que se encontraba, el autor del artículo, la sección de la revista en la que se publicó el texto, el seudónimo del autor, el género del texto enunciado en el periódico y observaciones generales que sirvieran a la investigación. En esta matriz se incluyeron 74 artículos de Caballero, no obstante, debido a la extensión de los textos y los límites de esta investigación, se decidieron tomar 20 artículos que permitieran el análisis de las principales



posturas de este autor. También se incluyeron algunos artículos, escritos por diferentes intelectuales de la época, los cuales permitieron una visión del panorama general del estado del campo cultural del país en ese momento.

En resumen, el trabajo consta de tres apartados: en el primero se describe, de forma general, el contexto de la época de la Violencia y los principales estudios que se han realizado al respecto; en el segundo, se exponen los principales postulados de la teoría de los campos de Bourdieu y de acuerdo a esto se realiza una descripción del campo cultural y los subcampos literario e intelectual; en el último apartado, se presenta una pequeña radiografía de la labor intelectual de Eduardo Caballero Calderón y su participación en diferentes proyectos, la mayoría de ellos culturales, por último, se realiza una descripción de la publicación y una aproximación a las principales posturas de este autor.

## **Capítulo 1. Análisis de algunos estudios de la época de la Violencia: puntos de convergencia y contraste**

Son muchos los intentos de definición realizados por las diferentes disciplinas que se han acercado al periodo de la Violencia, y aunque hayan pasado más de setenta años desde el fenómeno aún no se tiene una noción exacta de lo que significó este conflicto debido a su magnitud y complejidad. En términos generales, los estudios realizados sobre este momento histórico lo definen como un conflicto político, económico, social y cultural que tuvo lugar en gran parte del territorio colombiano<sup>4</sup> a mediados del siglo XX y que duró

---

<sup>4</sup> Siguiendo las investigaciones hechas por Guzmán, Fals y Umaña (1962), aunque la Violencia tuvo lugar en la mayoría de los departamentos del país con algunas características en común, siendo los más afectados Santander, Norte de Santander, Antioquia, Boyacá, Cundinamarca, los Llanos, Caldas, Valle, Norte del Cauca, Chocó, Huila, Tolima, el sur de Córdoba y parte de Bolívar, en departamentos como Nariño y la Costa Atlántica no tuvo gran influencia el conflicto bipartidista. Además, cada una de las regiones que fueron

aproximadamente veinte años (1945-1965). Entre los estudios más destacados de este periodo se encuentra *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social* de Germán Guzmán, Orlando Fals y Eduardo Umaña. En esta investigación sociológica, que va hasta el año 1962 (año de la publicación del libro), los autores catalogan este conflicto como un “choque de clases” que se desarrolló cuando los intereses económicos, políticos y culturales de la clase industrial que estaba emergiendo en el país y de la cual era representante el entonces presidente Alfonso López Pumarejo, entró en conflicto con los intereses de la clase terrateniente que había tenido el dominio de los medios de producción desde la época colonial y que vio las reformas propuestas por López como peligrosas porque hacían tambalear el mantenimiento de su poder. Estos intereses se trataron de imponer por medio del empleo de formas de “coerción física para alcanzar objetivos personales o de grupos relacionados con el usufructo del poder” (Fals, 1985, p. 40). No obstante, en la realidad social del país, esta violencia tomó otra dimensión: el exterminio total de quien era considerado como el enemigo<sup>5</sup> con el fin de conseguir una “expansión electoral” (Guzmán, Fals y Umaña, 1962, p. 48). Entre los intereses que estaban en juego se encontraban “el goce del poder y del presupuesto; el uso y el control de la tierra; la defensa de jefaturas y organizaciones políticas regionales y locales; [y] la tradicional supremacía de la iglesia” (Fals, 1985, p. 41). Cabe mencionar que la propiedad y explotación de la tierra es señalada

---

afectadas por el conflicto presentó características particulares, por ejemplo, el Tolima se caracterizó porque desde sus inicios la violencia oficial fue ejercida por miembros de la policía y el ejército que tuvieron más dominio sobre los grupos de campesinos que se intentaban defender, pues estos no estaban tan bien organizados como otros grupos, contraria a esta situación se encontraba la región de los llanos, en la cual el ejército no entró en el conflicto sino hasta 1950, pues en un principio operaron como entes neutrales y, en muchos casos, como aliados de los campesinos, igualmente los grupos de guerrillas fueron muy numerosos y se caracterizaron por su organización y dominio sobre esta zona, uno de los líderes más relevantes de las guerrillas del llano fue Guadalupe Salcedo.

<sup>5</sup> Una de las principales características de este conflicto es la excesiva crueldad con la que fueron asesinadas la mayoría de las víctimas, sometidas a terribles torturas. Esta forma de violencia física se instauró como una manera legítima de contienda política (Urrego, 2002).

por varios investigadores (Hobsbawn y Pecaú, 1985) como una de las principales causas de la agudización del conflicto. Según Julio Cesar Morales (2014), el problema de tierras consistía en que el estado poseía grandes extensiones de terrenos baldíos y las extensiones de tierra productivas se encontraban en manos de unos pocos hacendados propietarios de los medios de producción, distribución y exportación, en otras palabras, dominaba la economía del latifundio. Esta situación afectaba no solo la economía del país, pues no permitía el aprovechamiento de la tierra para suplir las demandas del mercado internacional, sino que también afectaba al campesino, que al no ser dueño de la tierra debía trabajarla supeditado a las condiciones del terrateniente, el cual se aprovechaba de su falta de educación para explotarlo. Bajo este panorama, en 1936 el presidente Alfonso López Pumarejo propone, dentro de su programa político denominado La Revolución en Marcha, la ley 200 de 1936 o Ley de tierras como un intento por lograr un desarrollo capitalista y equitativo en el país. López creía que para llegar a niveles de producción más altos y que el país pudiera entrar a competir en el mercado internacional se necesitaba una reforma agraria que permitiera no solo poner a producir estas grandes extensiones de tierra, sino también “incorporar al progreso a sectores tradicionalmente empobrecidos y marginados” (Patiño, 2017, p. 52). Sin embargo, las intenciones del presidente no se materializaron porque esta ley no propuso medidas modernizadoras para que los nuevos propietarios pudieran tecnificar y aprovechar sus predios. Los campesinos necesitaban una inyección de dinero del Estado para invertir en la infraestructura y distribución de sus productos y al no recibir este apoyo, recurrieron a sus antiguos patrones exponiéndose de nuevo a los atropellos del pasado.

En resumen, estos intentos de entrar en las dinámicas del mundo capitalista no fueron posibles, debido a la presión ejercida por las elites conservadoras y la Iglesia que dominaban todas las esferas de la sociedad de ese momento, incluyendo las esferas social y cultural. En 1936 López también propone una reforma que buscaba “garantizar la libertad de cultos y fomentar la educación laica” (Patiño, 2017, p. 54), este intento de secularización no fue bien recibido por gran parte de la institución eclesiástica porque significaba la pérdida de una parte de su poder e influencia, pues la Iglesia se encargaba de controlar la educación y la conducta pública y privada de todos los ciudadanos, además poseía el “monopolio de la función de legitimación, establecimiento de diversas formas de censura, y fuente de cohesión de la sociedad” (Urrego, 2002, p. 15). En definitiva, la Iglesia era la encargada de definir los límites de lo correcto, la verdad y la moral y bajo este régimen debían actuar todos los ciudadanos, incluidos los intelectuales. Hasta principios del siglo XX en Colombia, estos productores culturales se encontraban supeditados a grupos dominantes como la Iglesia y el Estado y su función dentro de la sociedad era la articulación y reproducción de discursos que contribuyeran al mantenimiento del poder de estas instituciones, esto se lograba por medio de la construcción de “mitos fundacionales” (Urrego, 2002, p. 22), que ayudaban a la reconstitución del proyecto de nación que se había iniciado en el siglo XIX. No obstante, a mediados del siglo XX, los intelectuales lograron una pequeña ruptura con los grupos dominantes conservadores y aunque no se puede hablar de una autonomía de estos actores, sus posturas políticas y estéticas se empiezan a alejar del discurso conservador para acercarse a discursos liberales, socialistas, comunistas e incluso anarquistas.

Otra razón por la cual la Iglesia tomó parte en este conflicto fue el hecho de que varios de los sacerdotes de esta época pertenecían a la clase terrateniente y al ver sus intereses de control social y económico en peligro, contribuyeron con sus discursos a crear un ambiente enrarecido por el odio y el miedo, inspirados en la cruzada contra los supuestos enemigos de Dios, de Cristo y de la Virgen María, bajo el imaginario de una guerra perpetua que se libraba en la tierra como reflejo de la confrontación sin tregua entre las fuerzas celestiales del bien y las fuerzas infernales del mal. (Patiño, 2017, p. 63)

La sevicia de los actos perpetrados por los actores que participaron directamente en este conflicto solo se puede comprender si se tiene en cuenta la influencia que ejercieron sobre las comunidades urbanas y campesinas las ideas difundidas por los sacerdotes y los políticos de ambos bandos. Según Otty Patiño (2017), por el lado de los conservadores, las masas fanáticas creían estar efectuando una cruzada religiosa contra los infieles, enemigos de la Iglesia católica, del bien y la moral, mientras que, por el lado de los liberales, el pueblo enardecido creía defender una supuesta libertad, bienestar y progreso de cada individuo y de la nación.

Desde otra perspectiva, la Violencia definida como una “guerra civil” (Pécaut, 1985) ha sido una postura bastante criticada porque “sus protagonistas ni declararon tal intención, ni se batieron organizadamente en ejércitos bipartidistas. Fue una carnicería, ejecutada por cuadrillas de campesinos, o por escuadrones de policía, altamente politizados, en busca de objetivos difusos” (Angulo, 1984, p. 9). No obstante, aunque la Violencia no cumpla a cabalidad con las características mencionadas anteriormente, es decir, de guerras civiles que según Carlo Nasi (2003) han servido de ejemplo para la construcción de una definición de este tipo de conflictos como la española o la norteamericana, en las cuales

ambos bandos estaban bien organizados, definidos ideológicamente y tenían una participación activa en la guerra, sí cumple con la definición genérica de este tipo de conflictos internos; a saber: “toda confrontación armada dentro de un Estado que produce al menos mil muertes relacionadas con el combate por año” (Nasi, 2003, p. 119). A pesar de que en Colombia todavía no se ha llegado a un consenso sobre la cantidad de muertos que produjo este conflicto tanto por año, como en los veinte años que duró, la mayoría de investigaciones afirman que fueron aproximadamente 200.000 muertos<sup>6</sup>. En suma, si se califica este conflicto como una guerra civil, se deben tener en cuenta las características de los campesinos que participaron materialmente en la contienda, pues en su mayoría no tenían una ideología definida, ya que su afiliación a un partido se debía a factores como el hereditario, los hijos pertenecían al partido que habían pertenecido sus padres, o a presiones económicas, los campesinos debían afiliarse al partido del dueño de la hacienda donde trabajaban o al partido al que pertenecía el gamonal del pueblo, situación que no les garantizaba inmunidad frente a los ataques de sus copartidarios si habían intereses económicos de por medio.

Otra de las definiciones con las que cuenta la Violencia es la de “conflicto bipartidista (liberales vs conservadores)” (Padilla, 2017, p. 8), este acercamiento, bastante simplista, es la cara más visible y difundida de este fenómeno. Tal es así que en la actualidad es retomado desde las diferentes disciplinas que lo estudian y continúa instaurado en el relato común de los ciudadanos de a pie. Sin embargo, resulta muy

---

<sup>6</sup> Esta cifra es tomada del libro *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. Se debe tener en cuenta que esta obra se publica en 1962, es decir, no se pudieron tener en cuenta los últimos tres años que duró el conflicto. Los estudios posteriores que se han hecho de este periodo retoman estas estadísticas. Además, las estadísticas que presenta el Centro de Memoria Histórica comienzan a partir del año 1958, por lo cual hasta el momento no hay un registro detallado y riguroso de las muertes que se dieron durante esos veinte años.

problemático porque presupone que los campesinos que entraron en este conflicto tenían plena conciencia sobre cuáles eran los ideales que estaban defendiendo al hacer parte de uno de estos dos partidos políticos y se obvia el hecho de que, como se dijo anteriormente, en la mayoría de los casos, “el campesino ignora por qué se le envuelve en la lucha, por qué lo persiguen, lo asesinan, le queman el rancho y profanan su hogar” (Guzmán, Fals y Umaña, 1962, p. 50). Así mismo, esta versión oficial ha sido un medio por el cual las elites políticas y económicas de ambos partidos, los terratenientes y la Iglesia en complicidad con los medios de comunicación, han eludido toda responsabilidad y ocultado que fueron ellos, movidos por intereses de tenencia de tierras y mantenimiento del poder económico y cultural, quienes manipularon al pueblo colombiano para que bajo el color de una bandera y en defensa de unos supuestos ideales se matara entre sí. Es importante señalar que esta no era la primera vez que los partidos Liberal y Conservador luchaban por el control del país, pues la mayoría de conflictos políticos y militares en Colombia, incluyendo varias de las guerras civiles del siglo XIX, se libraron por el control económico e ideológico de uno de estos dos partidos. Este hecho no solo no permitió que otras fuerzas políticas entraran en la contienda, como el Partido Comunista Colombiano (PCC)<sup>7</sup>, sino que la afiliación a uno de estos dos partidos se fue instaurando como parte de la identidad de los ciudadanos y sobre todo de los campesinos convirtiéndose en su único modo de incorporación y participación en la política nacional, puesto que estas “comunidades extraordinariamente atrasadas,

---

<sup>7</sup> Siguiendo a Sánchez y Meertens (2002), en la década de 1920 se dio en el país un desarrollo industrial incipiente que llevó a una agudización en las diferencias sociales, lo cual conllevó a su vez a la irrupción de numerosos movimientos políticos que se encontraban por fuera de los marcos tradicionales del bipartidismo, se conformaron diversas agrupaciones políticas, algunas de tendencias que se proclamaban socialistas, una de las cuales surgiría en 1930, el Partido Comunista Colombiano. El rechazo hacía este tipo de ideologías hizo parte de la política exterior de los Estados Unidos con los países latinoamericanos, rechazo que se agudizó con la guerra fría, además contribuyó el hecho de que en Colombia se definió una política determinada por la influencia de la “estrella polar” (Urrego, 2002, pp. 113-115).

aisladas, ignorantes y rutinarias, aherrojadas por propietarios feudales y por esbirros” (Hobsbawn, 1985, p. 16), vieron en la movilización armada el apoyo a uno de los dos partidos, su única posibilidad de sobrevivir, porque si

un campesino pierde sus tierras en una sociedad en la cual la tierra es el recurso dominante dentro del ingreso del cultivador, su condición será la de pobre y puede que pierda su posición en el pueblo y sea forzado a la criminalidad o a la indigencia. (Paige citado en Morales, 2014, p. 27)

Es decir, la pérdida de seguridad y de un lugar para habitar y trabajar dejó a las comunidades de campesinos con muy pocas posibilidades de acción, una de ellas fue la migración a las grandes ciudades, situación que eliminó el tejido social que estos grupos habían constituido con sus familiares y vecinos, y los expuso a una sociedad urbana que los excluía y los lanzaba a la indigencia, la criminalidad y la prostitución. De acuerdo con Guzmán, Fals y Umaña (1962) el desplazamiento forzado transformó los valores e identidad de estos grupos de campesinos que otrora habían sido solidarios, confiados y mansos, en egoístas, recelosos y agresivos, además las familias no solo quedaron divididas, destruidas y con secuelas físicas y psicológicas, sino que sus posibilidades de salir de la pobreza disminuyeron, pues la mayoría de miembros que se encontraban en edad productiva habían sido asesinados.

La segunda opción que tenían estas comunidades era quedarse en el pueblo, pero aquello implicaba convertirse en verdugo o engrosar las listas de muertos. La situación de esta población se recrudeció aún más cuando dejaron de ser simples títeres de los dirigentes políticos y sus métodos para conseguir el mismo poder económico y político que estos poseían fueron cada vez más violentos, entonces estos grupos dominantes que los habían



incitado a la guerra, sintieron miedo y establecieron lo que Guzmán, Fals y Umaña (1962) definen como la “política de corral” es decir, estos hombres que los mismos jefes políticos habían armado, manipulado e incitado a cometer los crímenes más terribles, ahora eran tachados de *bandoleros*<sup>8</sup> y con este término, quienes habían orquestado esta guerra, comenzaron a señalarlos, culparlos y castigarlos (Guzmán, Fals y Umaña, 1962). En ese momento la guerra se tornó diferente, los jefes de ambos partidos políticos se unieron en un solo grupo y comenzaron a combatir a las guerrillas campesinas, asimismo, los grupos de autodefensas y guerrillas conservadoras generaron alianzas con el Estado y con los terratenientes para recibir beneplácitos a cambio del exterminio de jefes liberales o de grupos organizados de campesinos liberales.

La Violencia se desarrolló en el área urbana y en el área rural con características diferentes. En la ciudad el conflicto se agudizó hacia el año 1945, debido al incremento en las huelgas organizadas por los sindicatos, situación que ocasionó una parálisis en la economía del país, estas huelgas se venían presentando desde los años veinte, a menor escala. Había derechos fundamentales que los obreros esperaban conseguir, como mejor remuneración laboral, asistencia médica, acceso a educación, a higiene y a una vivienda (González y Molinares, 2013, pp. 167-169). Debido a esta situación, el Estado comenzó a fortalecer la institución de la policía<sup>9</sup> con el fin de anular las aspiraciones y reclamos obreros. Esta represión pretendía la defensa de los intereses económicos de las elites urbanas, pues para el mantenimiento de su poder necesitaban el silenciamiento de los

---

<sup>8</sup> Según Sánchez y Meertens (2002), hacia 1949 este se convirtió en el término con que fueron designados todos los campesinos que por medio de la violencia intentaban adquirir poder económico.

<sup>9</sup> El ejército se caracterizó en los primeros años de la Violencia por su neutralidad, no obstante, hacia el año 1948 entró de lleno en el conflicto y se convirtió en una fuerza más de represión estatal.

sindicatos lo que les permitiría “usufructuar sin contradictores la bonanza económica y la acumulación de la postguerra” (Sánchez y Meertens, 2002, p. 38).

La violencia económica hizo que la pobreza en la que vivían las mayorías populares se agudizara, creando un ambiente de tensión que estalló el 9 de abril de 1948 en lo que se conoce como el Bogotazo: una serie de disturbios que se presentaron en varias zonas del país, pero principalmente en la ciudad de Bogotá, de allí su nombre, y que fueron detonados por el asesinato del líder político Jorge Eliecer Gaitán<sup>10</sup>, el cual hasta ese día había sido un gran movilizador de masas, pues representaba para el pueblo un cambio en los líderes políticos tradicionales y una esperanza de que sus demandas fueran escuchadas (Alape, 2018). Este hecho provocó que cientos de ciudadanos entre los que se encontraban intelectuales, artistas, obreros, estudiantes y campesinos que habían sido desplazados de su tierra por los grupos violentos y que ahora se encontraban en este ambiente desconocido y hostil, salieran a las calles a destruir todo lo que había a su paso, asaltaron, quemaron y destruyeron almacenes, cafés, la mayoría de edificios de la ciudad y medios de transporte, todo esto bajo las consignas de “¡liberales de Colombia a tomarse el poder!” y “¡a la carga!” que fueron proclamadas en varios radios del país, entre ellas la Radio Difusora Nacional, la cual fue tomada por grupos de estudiantes y de intelectuales, entre los que se encontraban el poeta Jorge Gaitán Durán y el escritor Jorge Zalamea Borda, los cuales pretendían la organización del pueblo para derrocar al gobierno de Mariano Ospina. Este

---

<sup>10</sup> De acuerdo con Patiño (2017), son muchas las versiones que existen sobre este crimen, pero ninguna ha sido plenamente comprobada o aceptada, según la versión oficial quien planeó y perpetró el crimen fue Juan Roa Sierra, el cual fue linchado por los ciudadanos después de que se conoció que él le había disparado a Gaitán. Sin embargo, hay varias versiones que aseguran que los autores intelectuales fueron los conservadores por miedo a la popularidad que había adquirido el caudillo entre el pueblo, lo que posibilitaba su elección como presidente en 1949, otras versiones afirman que fueron los liberales que no estaban de acuerdo con las ideas de Gaitán y que apoyaban la candidatura de Gabriel Turbay para las elecciones de 1949, por último hay quienes afirman que fue una conspiración de la CIA para acabar con cualquier foco de socialismo o comunismo en los países latinoamericanos.

intento de revolución fue reprimido por las fuerzas del Estado quienes con tanques y armas lograron acallar a los ciudadanos sublevados.

Mucho antes de que ocurrieran estos hechos, la Violencia en el área rural ya había surgido, pero en dimensiones mucho mayores a las de la ciudad, pues este fenómeno “constituye, probablemente, la mayor movilización armada de campesinos (ya sea guerrilleros, bandoleros o grupos de autodefensa) en la historia reciente del hemisferio occidental” (Hobsbawn, 1985, p. 15). Estos grupos armados campesinos, a pesar de su ilegalidad, eran financiados por los directorios de ambos partidos y los terratenientes. Uno de los grupos más relevantes fue el de “los Pájaros”, grupo de afiliación conservadora cuyo fin, expresado por varios de sus líderes, era exterminar a los seguidores del partido liberal de toda la región del Valle del Cauca con un proyecto que fue conocido como “la conservatización de la cordillera Occidental” (Osorio, 2016, p. 112). Sin embargo, las verdaderas motivaciones de quienes manejaban estos grupos eran: “extirpar las aspiraciones democráticas del campesinado y anular el espacio propio conquistado por los campesinos frente al poder terrateniente” (Sánchez y Meertens, 2002, p. 38). Algunos de los métodos utilizados para lograr esto, además del asesinato, la intimidación violenta, el robo de bienes, el desplazamiento forzado, entre otros, fue la manipulación de votos, método por el cual alcaldes y secretarios de las diferentes regiones del país sustraían las cédulas de los ciudadanos que no eran de su mismo partido con el fin de que estos no pudieran ejercer su derecho a sufragar y así sabotear las elecciones, además, adulteraban los registros de votación para favorecer el partido político al cual pertenecían (Guzmán, Fals y Umaña, 1962, pp. 46-95).

Mientras se iba propagando y recrudeciendo la violencia ejercida por el Estado, iban surgiendo grupos de campesinos como organismos de defensa, la mayoría de filiación liberal, algunos pagados por los directorios del partido y otros constituidos y financiados por los mismos campesinos, los cuales estaban agrupados bajo diferentes nombres<sup>11</sup> que dependían de la región en la que se encontraban y cuya conformación se dio, en un principio, con el fin de proteger la vida y los bienes de la violencia ejercida por el gobierno, pero que, posteriormente, fueron desarrollando una ideología tendiente al marxismo, y comenzaron a exigir, por medio de la violencia que habían sufrido y perpetrado, una repartición de tierras más justa, acceso a la educación, a la salud y a la recreación. En definitiva, estos grupos buscaron modificar la distribución del poder, y alcanzar los derechos que durante años el Estado les había negado. Varios de estos grupos primarios de guerrillas liberales terminarían hacia 1964 agrupándose bajo el nombre de Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

## **Capítulo 2. La Violencia y la teoría de los campos de Bourdieu**

Las tres posturas esbozadas anteriormente tienen como punto en común que la Violencia fue un conflicto que se produjo entre un grupo de actores o instituciones dominantes y otro grupo de actores o instituciones dominados, por la posesión de ciertos bienes, este panorama se puede analizar siguiendo la teoría de campos de Pierre Bourdieu, en la cual el autor afirma que la sociedad está constituida por una serie de microcosmos o campos definidos como:

---

<sup>11</sup> Algunos de los grupos de autodefensas más reconocidos de esta época fueron los “Chulavitas” y los “Pájaros”, los cuales eran de afiliación conservadora, por parte de los liberales se encontraban los “limpios”, grupos que se caracterizaban porque no estaban influenciados por ideas comunistas y los “comunes” grupos influenciados por ideas comunistas (Guzmán, Fals y Umaña, 1962).

una red o una configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones están objetivamente definidas, en su existencia y en las determinaciones que imponen sobre sus ocupantes, agentes o instituciones, por su situación presente y potencial en la estructura de distribución de especies del poder (o capital) cuya posesión ordena el acceso a ventajas específicas que están en juego en el campo, así como por su relación objetiva con otras posiciones. (2005, p. 150)

Es decir, un campo es un espacio de relaciones sociales, en el cual existen unas estructuras objetivas independientes de la voluntad de los agentes, estas estructuras determinan y dirigen sus experiencias y representaciones y les imponen una posición determinada dentro del campo. La posición de cada agente dentro del campo depende de la posesión de un *capital*, este concepto es definido por Bourdieu como

aquello que es eficaz en un campo determinado, tanto a modo de arma como de asunto en juego en la contienda, que permite a sus poseedores disponer de un poder, una influencia, y por tanto existir en el campo en consideración, en lugar de ser considerado una cifra desdeñable (2005, p. 152).

Dentro de un campo se pueden generar luchas entre dos o más agentes o instituciones, según sea su posición en el espacio social, por el mantenimiento o la transformación de la distribución de poder que procede de una forma de capital específico. Entre los capitales que entran en juego en esta lucha el sociólogo francés diferencia los siguientes: el capital económico, el cual está conformado por bienes o recursos monetarios, el capital social entendido como los bienes cimentados en la pertenencia a grupos y organizaciones, el capital cultural es el que se obtiene en forma de educación y conocimiento y, por último, el capital simbólico, el cual es

la forma que adquiere cualquier tipo de capital cuando es percibido a través de unas categorías de percepción que son fruto de la incorporación de las divisiones o de las oposiciones inscritas en la estructura de distribución de esta especie de capital (por ejemplo, fuerte/débil, grande/pequeño, rico/pobre). (Bourdieu, 2005, p. 108)

En otras palabras, este tipo de capital es percibido por los agentes sociales que lo legitiman y le confieren un valor, además este capital acompaña las otras formas de capital. Es importante señalar que, para Bourdieu (2005), aunque los campos tienen como determinante estructural el capital económico, las posiciones sociales que los agentes ocupan no dependen exclusivamente de este, ya que una determinada posición social necesita de la adquisición de varios de estos tipos de capital. Así mismo, se debe tener en cuenta que cada una de las formas de capital tiene la posibilidad de transformarse en otra.

De acuerdo con lo anterior, en la sociedad colombiana de ese momento había una clase dominante que era poseedora de la gran mayoría de capitales, la clase terrateniente y otra clase social en ascenso que estaba pugnando por la obtención de esos mismos capitales, la clase industrial. La lucha entre estas dos clases por las diferentes formas de capital se tornó más conflictiva cuando, para defender sus intereses, utilizaron grupos e individuos de las clases medias y populares. Estos grupos de terratenientes e industriales son denominados por Bourdieu (2005) como dominantes u *ortodoxos*, porque al poseer el capital económico y querer conservarlo asumen una postura de defensa de unos “valores tradicionales”. Por su parte los grupos que históricamente habían sido los dominados, es decir, las clases populares son vistas como *herejes*, pues al pretender obtener esos capitales específicos, asumían una postura subversiva y eran considerados como actores que iban en contra de la tradición.

Ahora bien, se puede establecer que el mantenimiento de este orden social que pretendían las clases dominantes fue posible gracias a la relación que hay entre “las estructuras sociales y mentales” (Bourdieu, 2005, p. 40), las cuales propician que las divisiones que hay en el mundo social sean percibidas por los individuos como “necesidad[es] objetivas” (Bourdieu, 2005, p. 40), y no como “la decantación históricamente contingente de un determinado balance de poder entre clases [y] grupos” (Wacquant, 2005, p. 40). Es decir, la gran mayoría del pueblo colombiano veía como necesaria y natural la defensa de los intereses de los grupos dominantes, pues estaban convencidos de que estos intereses les eran propios y la lucha por su defensa los favorecía. Así mismo, es importante señalar que para los grupos de campesinos la movilización armada, en apoyo del partido liberal, se convirtió en su única forma de verdadera participación en la política del país, en otras palabras, la violencia fue el medio por el cual los campesinos intentaron ingresar a las luchas que se venían gestando dentro del campo de poder, con el objetivo de ocupar una nueva posición y obtener una o varias de las formas de capital que estaban en juego (Bourdieu, 1995, pp. 26-29).

### **2.1. Panorama del campo cultural en la época de la Violencia**

La autonomía de determinado campo respecto a poderes externos a él es “producto de una historia, no puede disociarse de las condiciones históricas y sociales de su integración” (Bourdieu, 2002, p. 17). Es por esta razón que la Violencia cobra tanta relevancia en la constitución y autonomización del campo cultural, literario e intelectual, pues este fenómeno impactó y modificó todos los campos de la sociedad colombiana. Durante esta época el incipiente campo cultural se caracterizaba por su poca autonomía respecto al resto de campos, sobre todo del campo político y económico, conviene subrayar

que esta especificidad de los campos, y particularmente de los campos de producción cultural, es posible cuando son “capaces de imponer su lógica propia, es decir, el producto acumulado de su historia propia” (Bourdieu, 1990, p. 21), en otras palabras, cuando no se encuentran supeditados a un tipo particular de poder que los legitima como el económico, político o religioso y cuando los creadores asumen posturas éticas y estéticas que no son impuestas por los grupos dominantes.

Esta autonomía del campo cultural también depende del surgimiento de *instancias de producción, reproducción, difusión y consagración* (Bourdieu, 2010, pp. 90-105), las cuales se constituyen cuando la legislación del campo y la legitimación de los productores culturales está en manos de quienes pertenecen directamente a este campo, es decir ya no obedece a poderes externos. Estas instancias “se caracterizan por la función que cumplen en la división del trabajo de producción, de reproducción y de difusión de los bienes simbólicos” (Bourdieu, 2010, p. 90). Tales como academias, editoriales, asociaciones científicas, salones, revistas, así mismo esta autonomía depende de la constitución de un público amplio y variado que consuma los diferentes productos culturales. A mediados del siglo XX en Colombia, el campo cultural estaba en proceso de automatización y el capital cultural estaba en posesión de unos pocos, siguiendo a Uribe (2002) Colombia, en comparación con otros países latinoamericanos, era uno de los países más rezagados en materia educativa, pues hasta 1936 la educación, como se dijo anteriormente, no solo estaba en manos de la iglesia, sino que era privilegio de quienes poseían el capital económico, solo hasta finales de 1936 se decretó que la educación, además de laica “debería ser gratuita y obligatoria, y se incrementaron los recursos orientados hacia la misma” (Uribe, 2002, pp. 17). Cabe señalar que estos cambios repercutieron solo en la educación primaria, para la



educación secundaria el acceso seguía siendo privilegio de las clases dominantes. De igual forma, la consolidación de espacios de formación o instancias de consagración y difusión comenzó a ser parte fundamental de la agenda del Estado, debido a los nuevos propósitos de los dirigentes, los cuales pretendían

integrar la nación al concierto mundial, dotar al Estado de una estructura eficiente según los parámetros que obedecían a la noción del Estado moderno y, desarrollar la industria, incentivando el consumo [para lograr este propósito se realizarían] diversas reformas que [ib]an a repercutir en el contexto social y cultural de la nación durante este período.

(Herrera y Díaz, 2001, p. 103)

En otras palabras, el Estado necesitaba reunir a los ciudadanos bajo una idea de nación, con una cultura e historia comunes a todos, que impulsara a cada ciudadano a contribuir con el progreso del país, para lograr este objetivo era menester hacer intervenciones sociales en materia educativa y de difusión de la cultura. Según Herrera y Díaz (2001), con este propósito se lanzaron varias campañas, una de las más relevantes fue La Cultura Aldeana, la cual contaba con una serie de iniciativas como la Biblioteca Aldeana de Colombia, que pretendía la construcción de nuevas bibliotecas en las diferentes regiones del país y la organización de las ya existentes como la Biblioteca Nacional de Bogotá, con el fin de introducir en la población “hábitos de lectura [...] y propiciar distintas prácticas culturales asociadas a la difusión de lo impreso” (Herrera y Díaz, 2001, p. 104). Otra iniciativa ligada a este proyecto fue la Biblioteca Popular de Cultura, en la cual se publicaron obras de autores tanto nacionales como internacionales sobre diferentes temas como literatura, sociología, antropología, entre otros (Herrera y Díaz, 2001, pp. 105-107).

Además, desde el Ministerio de Educación se promovieron ferias del libro, con el objetivo de incentivar el consumo de estos bienes. Sin embargo, estos esfuerzos no fueron suficientes, hacia 1945 el campo cultural en Colombia todavía necesitaba de varias reformas.

En esta investigación, con el fin de ejemplificar como se encontraban las instancias de consagración y difusión, se tomarán artículos del semanario *Sábado*, en los cuáles se puede constatar todo el desarrollo que faltaba en materia cultural para que este campo estuviera realmente constituido, pues todavía se criticaba el hecho de que la cultura se encontraba “centralizada” (Arango, N°118, 1945, p. 3), es decir el campo cultural se desarrollaba mayoritariamente en las grandes ciudades, sobre todo en Bogotá y Medellín, y el acceso al capital cultural seguía siendo privilegio de unas cuantas clases, así mismo, lo que era considerado como cultura era lo que estos grupos privilegiados juzgaban como tal, por consiguiente rechazaban las formas de cultura popular. Además, los escritores nacionales no contaban con el apoyo del Estado o de editoriales para la publicación de sus libros, por ejemplo “Eduardo Zalamea Borda se vio obligado a buscar durante muchísimos años editor para *Cuatro años a bordo de mí mismo*” (Arango, N°118, 1945, p. 3). En cuanto a la creación de premios y estímulos para los escritores, estos eran “mezquinos” y no contaban con el apoyo estatal, como el caso del Premio Nacional de Literatura, ningún escritor de la época podía aspirar a vivir un tiempo con el dinero de alguno de estos premios. Un ejemplo de esta situación, en la cual los escritores no contaban con los medios materiales ni institucionales para poner en el mercado sus productos culturales, es expresada por Arango (1945) cuando relata que cuando Hernando Téllez fue concejal de Bogotá en 1942, creó el Premio Municipal de Literatura, iniciativa que no tuvo buenos

resultados porque la Alcaldía de Bogotá “[incumplió] el acuerdo que se tenía acordado [...] y no hubo jurado que leyera las obras, un desastre” (N°118, p. 3). De igual forma, en un artículo de ese mismo año, Darío Achury cuenta su experiencia desde la Dirección de Extensión Cultural y expresa su preocupación, puesto que el país para 1945 todavía no contaba con instituciones que estuvieran a cargo del funcionamiento de la cultura, por esta razón manifestaba que era necesaria la constitución de varias instituciones como “el Palacio Nacional de Bellas Artes, un conservatorio Nacional de música, Museos de historia, arte, arqueología, un teatro popular” (N°120, 1945, p. 2) entre otros, de igual forma, proponía la creación de un proyecto de ley que tratara “sobre la defensa y conservación del patrimonio nacional” y la conformación de una “asociación de escritores” (N°120, 1945, p. 2), además manifestaba que eran necesarias la constitución de leyes que protegieran la propiedad intelectual e incentivación de los productores culturales por medio del establecimiento de premios de literatura, artes, y música. En otro artículo de 1951, Pedro Acosta, realizó una crítica a la “incipiente industria editorial del país” (N°414, p. 2) la cual se veía perjudicada por los “asfixiantes impuestos” a los que estaban sometidas las materias primas que utilizaba, tales como papel, tinta, máquinas y accesorios de imprenta, situación generaba un alza en los costos de producción de los libros nacionales, lo cual no permitía el crecimiento de esta industria.

## **2.2. Panorama del campo literario en la época de la Violencia**

En una realidad donde los campos tenían tan poca autonomía, era el Estado y sus aparatos, así como los grupos que poseían un gran capital económico y la iglesia entre otras instituciones, los encargados de determinar en cada época cuál era el modelo de escritor, artista e intelectual y cuáles eran sus funciones dentro de la sociedad (Urrego, 2002). Hasta

principios del siglo XX, el capital cultural del país había estado en manos de algunas familias de las elites conservadoras y mayoritariamente de la Iglesia, las cuales reproducían en la sociedad los modos de cultura elitistas que ellas consideraban como válidos. De modo que el modelo de escritor e intelectual, desde la Regeneración hasta aproximadamente mediados del siglo XX fue el gramático, católico y conservador que se caracterizó por reproducir los discursos de la moral católica como una directriz de conducta ciudadana y artística, determinar la idea de nación y cultura, siempre dentro de los lineamientos religiosos, y cultivar los géneros clásicos, como la poesía (Urrego, 2002, pp. 47-50). No obstante, a mediados del siglo XX en la llamada República Liberal, se da una pequeña ruptura entre estos dos campos, aunque no se puede hablar de una autonomización del campo cultural, pues seguía supeditado al campo político y los escritores e intelectuales continuaban perteneciendo a algún partido político, ejerciendo cargos burocráticos y relacionándose con la cultura de modo que esta “respond[ía] a las necesidades de los proyectos políticos, liberales o conservadores, y se inscrib[ía] en las posibilidades que estos partidos ofrecían” (Urrego, 2002, p. 25). Dentro de este contexto, se inicia la conformación de grupos intelectuales, por lo general alrededor de una publicación periódica que estaba en consonancia con sus ideas políticas, que ya no reproducían con exactitud las ideas conservadoras y liberales tradicionales. Dentro del conservatismo empiezan a surgir disidencias como el grupo de los Leopardos<sup>12</sup>, por el lado del liberalismo también hubo divisiones, un primer grupo del liberalismo tradicional y oligárquico que apoyaba la candidatura de Gabriel Turbay para las elecciones de 1946 y otro grupo de liberales con

---

<sup>12</sup> Este fue un grupo de intelectuales de extrema derecha que tuvo su auge entre los años 1920 y 1930, el cual se caracterizó porque sus ideas estaban fuertemente influenciadas por el fascismo, entre los integrantes de este grupo se encontraban Silvio Villegas y Augusto Ramírez (Hernández, 2000).

ideas más progresistas, que contaba con el apoyo popular, los cuales respaldaban la candidatura de Jorge Eliecer Gaitán (Patiño, 2017). Cabe señalar que estos grupos de intelectuales y escritores afiliados a ambos partidos políticos, que comenzaron a emerger, tenían una concepción militante de su arte y comprendían al intelectual como una figura que tenía un compromiso con las transformaciones sociales y políticas; además algunos escritores pertenecían a grupos anarquistas o comunistas como el poeta Jorge Gaitán Durán. Según Urrego (2002)

los periodos de la violencia política y social representan en la historia de los países un cambio dramático en las relaciones entre el campo cultural y el político y una coyuntura en la cual las condiciones de creación y reflexión se alteran notablemente. (p. 113)

En el caso de la Violencia en Colombia, el conflicto bipartidista impulsó el desarrollo del incipiente campo literario, por ejemplo, en lo concerniente a la producción, permitió que muchos individuos que no eran escritores de profesión sino eclesiásticos, médicos y ciudadanos de a pie, decidieran escribir y denunciar lo que estaba ocurriendo en el país. Igualmente, motivó a los escritores de la época a romper con las temáticas y formas estéticas dominantes, es decir, comenzaron a acercarse a la realidad social y a narrar los acontecimientos que estaban teniendo lugar en ella, a cultivar otros géneros diferentes a la poesía y el ensayo, como el cuento y sobre todo la novela, géneros que hasta ese momento habían sido considerados como menores por la elite dominante (Williams, 1991, p. 10). Durante este periodo, según datos de Augusto Escobar (1997), se publicaron alrededor de setenta novelas, pues “nunca antes se había escrito tanto y de tan heterogénea calidad sobre un aspecto de la vida sociopolítica contemporánea colombiana” (p. 114). Con respecto a la

crítica, esta propuso nuevas categorías como la novela de la violencia<sup>13</sup>. Además, se dio un incremento en los lectores interesados en consumir estas obras y de editoriales dispuestas a publicar este tipo de narraciones (Monroy, 2010, pp. 35-36). El crecimiento en el mercado es, en palabras de Bourdieu (2010), el que permite históricamente el surgimiento y desarrollo de un campo y, en este caso, del campo literario.

Algunos de los autores más reconocidos en el campo literario Colombiano en los primeros años de la Violencia fueron Hernando Téllez, Jorge Zalamea y Eduardo Caballero Calderón, los cuales abrirían el camino a un nuevo grupo de escritores que lograrían una autonomía del campo cultural y una profesionalización del escritor y comenzarían a experimentar con nuevas formas estéticas, como el flujo de conciencia, heredadas de escritores como William Faulkner y Virginia Wolf; de este nuevo grupo de escritores algunos de los más prestigiosos fueron Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio y Manuel Mejía Vallejo.

---

<sup>13</sup> Augusto Escobar, ha sido uno de los principales estudiosos y críticos de este tipo de narrativa, uno de sus estudios más importantes sobre este periodo es *Literatura y violencia en la línea de fuego* (1997), en este texto el autor clasifica las novelas escritas durante este periodo en dos categorías: literatura de la violencia y literatura sobre la violencia, la novelas pertenecientes a la primera categoría se caracterizan porque son narraciones testimoniales y maniqueistas en las que se registran los hechos históricos tal y cómo ocurrieron, por esta razón los relatos se distinguen por su crudeza y se encuentran llenos de detalles escabrosos sobre las matanzas ocurridas, según Escobar esta literatura fue escrita durante los primeros años de la época de la violencia, cuando los hechos todavía eran muy recientes y por autores que en su mayoría no eran escritores de profesión, razones por las cuales tienen menor valor estético. Por otra parte, la literatura sobre la violencia se caracteriza por su alejamiento temporal con el hecho histórico, es mucho más reflexiva y se centra no tanto en las matanzas, sino en las causas y consecuencias de estos hechos. Este estudio ha sido la piedra angular de posteriores investigaciones como *La novelística de la violencia en Colombia* (1970) de Gustavo Álvarez Gardeazábal, *Niveles de realidad en literatura de la 'violencia' colombiana* (1985) de Laura restrepo y *Siete estudios sobre la violencia en Colombia, una evaluación crítica y una nueva perspectiva* (2006) de Oscar Osorio, las cuales han tomado como referente este trabajo de Escobar para la clasificación de este tipo de novelas agregándole categorías, características y nuevos textos al corpus original.

### 2.3. El campo intelectual: Caballero, un intelectual comprometido

Durante la época de la Violencia no solo el subcampo literario se encontraba sujeto a otros como el económico y el político, el subcampo intelectual tampoco había logrado una diferenciación respecto al resto de campos de producción cultural, puesto que esta depende de “la formación y desarrollo de un mercado literario y artístico lo que posibilita su especificidad (Bourdieu, 2002, pp. 14-15). Lo anterior no quiere decir que durante este periodo no hubiera individuos que se catalogaran como intelectuales<sup>14</sup>, esto es “agentes procedentes del mundo de la cultura que adquieren cierto reconocimiento público y autoridad moral gracias al prestigio conseguido en una disciplina artística, literaria, científica y filosófica” (Charle citado en Pecourt, 2007, p. 24), lo que sucede, es que al ser este campo tan dependiente de otros, estos agentes no pueden ejercer su función social a “plenitud”, pues no son autónomos, en otras palabras, no se encuentran dentro de un campo diferenciado, libre de exigencias externas al mismo. Según Urrego (2002), el campo intelectual, comienza a establecerse a partir de 1962, pues es solo en ese momento cuando los productores culturales y simbólicos

“rompen con la tutela bipartidista... y logran la constitución de una comunidad intelectual y artística [...] que se guía por las lógicas internas de producción estética y científica, que manifiesta un rechazo doctrinario contra el orden social y político burgués y que está dispuesta a cuestionar, en diferentes niveles, lo establecido”. (p.145)

---

<sup>14</sup> Se debe tener en cuenta que esta es solo una de las definiciones con las que cuenta este término, puesto que, como lo menciona Carlos Altamirano (2013), este concepto no tiene una única acepción, debido a que está en constante modificación, tanto así que aún en nuestro tiempo su significado suscita muchas discusiones. Así mismo, es necesario señalar que cada época cuenta con un tipo particular de intelectual, además, dentro de una misma época se pueden encontrar diferentes tipos de intelectuales (Urrego, 2002, p.12).

Mientras esto ocurría, quienes ejercían su dominio sobre los productores culturales eran las instancias políticas y las elites, controlando los medios tanto simbólicos como de producción. La relación entre estos grupos dominantes y los intelectuales se basó durante muchos años, en que los primeros convertían sus políticas en acción por medio de estos agentes sociales (Urrego, 2002). Hay otro aspecto a destacar de estos productores culturales y es la doble posición que ocupan dentro del campo del poder, a saber, al ser poseedores del capital cultural y simbólico, este les confiere poder y privilegios, por ende, su posición es dominante, sin embargo, en la relación con el poder económico y político ocupan la posición de dominados (Bourdieu, 2000, pp. 147-149), en resumen, una gran parte de los intelectuales de inicios y mediados del siglo XX en su posición de dominados, reproducían las formas de cultura legitimadas por los poderes económicos y políticos, sin embargo con el fenómeno de la Violencia comienza una época de transición. El modelo<sup>15</sup> de intelectual predominante en la primera mitad del siglo XX se caracterizó por su entrada en el debate público respecto a la vida política, la mejora de la sociedad y la construcción de nación “opuesta a la del estudioso o el escritor olímpicos, encerrados en su gabinete” (Altamirano, 2013, p. 44). No obstante, cuando el conflicto comienza a recrudecerse se empieza a dar un cambio en las relaciones de los diferentes grupos de intelectuales con la política, algunos intelectuales se siguieron caracterizando, como en el pasado, por su militancia en algún partido político, su injerencia en proyectos políticos que tuvieran una repercusión en lo social y, en general, por brindar sus servicios al gobierno que estuviera en consonancia con sus ideas políticas ejerciendo cargos públicos, mientras que otros comenzaron a apartarse,

---

<sup>15</sup> Siguiendo a Urrego (2002), en Colombia ha habido distintos modelos de intelectuales en los primeros años del siglo veinte el modelo de intelectual era “el abogado” y “el gramático”, posteriormente pasó a ser “el maestro” y en la época de la violencia el artista o pintor.



de forma gradual, de los cargos públicos y, aunque se declaraban de uno u otro partido y compartían varias de las ideas profesadas por el partido al cual pertenecían, no necesariamente militaban en estos. Así mismo, comenzaron a ver la literatura y el arte en general como un espacio en el cual se podían hacer reflexiones desde lo estético sobre la Violencia que estaba viviendo el país en ese momento, es decir, seguían realizando crítica social y participando en lo público, pero ahora a través más de sus producciones culturales que desde la política. Esta nueva perspectiva hizo que muchos escritores reclamaran la separación de la creación literaria y artística con respecto a la política de ese momento.

Un ejemplo de este tipo de intelectuales, que vivieron esta época de transición y lograron una pequeña escisión respecto a los poderes políticos y económicos, que comenzó a partir de la época de la Violencia y terminaría en la autonomización del campo cultural y los productores culturales a partir de 1960, es Eduardo Caballero Calderón, escritor bogotano reconocido por ser uno de los autores más influyentes durante la época de la Violencia. Entre sus novelas más conocidas, que tratan este fenómeno, se encuentran *El cristo de Espaldas* (1952), *Siervo sin tierra* (1954), *Manuel Pacho* (1962), así mismo fue un gran escritor de ensayos, uno de los más reconocidos de este periodo es *Cartas Colombianas* (1949), texto en el cual denuncia la Violencia que estaba viviendo el país en zonas como La Guajira, Santander, Boyacá y Pasto. Otro texto que relataba cómo los campesinos viven estos cambios sociales y políticos que se dan durante esta época es *Diario de Tipacoque*<sup>16</sup> (1950).

---

<sup>16</sup> Cabe señalar que no se debe confundir esta obra con otras dos de este autor tituladas de forma similar, como son *Tipacoque estampas de provincia* (1941) y *De ayer y hoy. Tipacoque* (1979).

Entre los proyectos culturales de principios y mediados del XX en los cuales participó Caballero, se encuentran la ya mencionada, Biblioteca Aldeana, en la cual colaboró en la *Antología de periodistas* (Boletín Cultural y Bibliográfico, 2003), también fue socio fundador en 1954 de la Editorial Guadarrama en Madrid, esta editorial publicó, entre otros textos, varios libros de Caballero y de autores colombianos como por ejemplo Andrés Holguín (Molina, 1993, p. 103). Igualmente, en 1957 dirige junto con Alberto Zalamea, el primer Festival del Libro Colombiano (Caballero, 2003, p. 33). El 6 de julio de 1946, aparece un artículo en el semanario *Sábado* en donde se anuncia la creación de un radioperiódico llamado *Onda Libre*, el cual es fundado por Caballero junto con Eduardo Zalamea, José Mar y otros intelectuales “que se acercaban al comunismo y a las ideas socialistas de Jorge Eliécer Gaitán” (Caballero, 2003, p. 37), entre los colaboradores de este proyecto se encontraban Hernando Téllez, Armando Solano y Rafael Azula Barrera (Sábado, 1946). Cabe señalar que la página en donde se anuncia la creación de este radioperiódico aparecerá cada ocho días bajo el nombre de “Página de Onda Libre”, en ella se transcribirán varias de las entrevistas y temas tratados durante la emisión radial, los cuales versaban sobre diversas cuestiones de interés nacional como política, economía, geografía y cultura, uno de los temas más recurrentes, en cuanto a lo cultural, eran los problemas de los literatos y científicos del país para encontrar un editor o una editorial dispuesta a publicar sus obras (Sábado, 1946). Unos años después, Caballero se embarcó en otro proyecto radial, fue director de la emisora *A.B.C., el Mundo en Bogotá*, el 9 de septiembre de 1950 aparece un comentario en *Sábado* anunciando su fundación, en el cual resaltan la presencia de Caballero, pues esto “indica muy a las claras el propósito de sus fundadores, de darle a la difusión de programas una notable orientación intelectual” (Sábado, N°367, p. 11). Sin embargo, el nombre de la emisora tuvo que cambiar a los ocho días de su fundación, puesto

que el gobierno lo rechazó “aduciendo que se trataba de una emisora de oposición y que además el nombre no estaba permitido” (Redacción *El Tiempo*, 2010), razón por la cual tuvo que ser bautizada de nuevo como H. J.C. K., nombre que conservará hasta nuestros días.

La censura fue uno de los fenómenos que ocurrieron con más regularidad durante esta época, tanto en el gobierno de Mariano Ospina y Laureano Gómez como en el de Rojas Pinilla, se censuraban y estaban bajo un estricto control estatal emisoras, periódicos y revistas (Señal Memoria, 2014). Lo novedoso de esta emisora es que hasta el momento en el país había muy pocas de corte únicamente cultural, pues los temas predominantes eran las noticias políticas, radionovelas y la música popular; por lo tanto, las emisoras que tenían este tipo de programación eran quienes atraían a gran parte del público y de las empresas dispuestas a financiarlas, debido a que otro tipo de proyectos más culturales, por su poca audiencia, eran muy riesgosos (Castaño, 2007, p. 20). Caballero y el grupo de intelectuales con los cuales fundó este proyecto Álvaro Mejía y Hernán Mejía Vélez tenían una noción de cultura que obedecía a una nueva forma de relación de los intelectuales con lo universal, pues ya no se veía desde una perspectiva de un “privilegio de unos pocos, relacionado con el mito del hombre culto” (Urrego, 2002, p. 127), al contrario, su interés fundamental era la popularización de este pensamiento, se pretendía que llegara a todo tipo de público, con el fin de ampliarlo a las reflexiones que se estaban dando sobre la situación del país, así como darle cabida a otras formas de arte menos populares y resaltar lo nacional a través del folklor, por esta razón, la programación de la emisora pasaba programas sobre pintura y escultura, poesía universal, opera, música clásica, teatro, música popular colombiana, estadounidense, alemana, Folklore latinoamericano (Caballero, N°372, 1950, p. 15) entre otras.

Durante este periodo Caballero también recibió varios reconocimientos públicos que legitimaron su labor como escritor e intelectual entre los que se encuentran los siguientes: en 1942 la Academia Colombiana de la Lengua le otorga un reconocimiento “en atención a los méritos literarios y demás circunstancias que concurren al Señor Eduardo Caballero Calderón” (Caballero, p. 34). Así mismo con la novela *El buen Salvaje* gana el premio Nadal en 1956. Por otro lado, ejerció varios cargos públicos y diplomáticos, entre los que se encuentran jefe del departamento de información, prensa y propaganda del Ministerio de Relaciones Exteriores en el año 1934; embajador de Colombia ante la Unesco desde 1962 hasta 1978, diputado de la asamblea de Boyacá (1933), Cundinamarca (1943) y alcalde de Tipacoque en Boyacá de 1968 a 1971 (Caballero, 2003, p. 21-33). Además, fue registrador nacional desde 1942 hasta 1949, cargo desde el cual realizó varias denuncias y al que renunció ese año debido a la clausura del congreso decretada por el entonces presidente de la república. Antes de su renuncia, Caballero envió una carta al presidente Mariano Ospina informándole sobre la situación de las elecciones presidenciales que tendrían lugar el 27 de noviembre, en ella señala que “en 120 municipios no han podido actuar los registradores municipales, debido a la falta de garantías por parte del gobierno y a la desembozada parcialidad de las autoridades” (Sábado, N°326, p. 2). En cuanto a la política, funda un partido independiente con el poeta Eduardo Carranza y con Rafael Guizado: la Alianza Nacional Revolucionaria (ANR), el cual “se desvía un poco hacia la izquierda del partido liberal pero no tanto como para llegar a ser comunistas” (Caballero, 2003, p. 35). Todas estas iniciativas en las cuales participó Caballero, que repercutían directamente en el ámbito público al igual que los reconocimientos por parte de instancias de legitimación como los reconocimientos otorgados por sus pares, no solo son “distintivos propiamente

intelectuales” (Bourdieu, 1995, p. 54), también ayudan a la construcción y distinción del tipo de intelectual que fue Caballero, antes de que la Violencia se agravara y exigiera de él algunos cambios (este tema se retomará más adelante), un intelectual comprometido, modelo heredado de Francia<sup>17</sup> que Caballero caracterizaría hasta mediados de 1948, pero que comenzaría a modificarse, puesto que la Violencia “interrogaría a los intelectuales sobre la pertinencia de su oficio” (Urrego, p. 118) y sobre su participación y responsabilidad respecto al conflicto.

Caballero también es reconocido por su labor como periodista, participó en varias de las publicaciones periódicas más importantes de ese momento como *El Espectador* desde 1934 y *El tiempo* desde 1938, en este último, además de ser corresponsal en varias ocasiones, publicó varios de sus artículos y ensayos bajo el seudónimo de *Swann*, pues era un gran admirador del escritor Marcel Proust (Caballero, 2003, p. 21). También fue columnista de otras publicaciones menos conocidas por fuera del ámbito académico como *La razón*, *Revista de las Indias*, *Mito*, y *Sábado* (Caballero, 2003, p. 32), es necesario señalar que algunos de estos espacios de opinión pública de principios del XX, se constituyeron a partir de un proyecto político y económico, esto obedece a los intereses de las clases industriales y de las élites, las cuales financiaron estos espacios con el objetivo de difundir los discursos que legitimarían su intervención en las transformaciones sociales, así

---

<sup>17</sup> Este nuevo tipo de intelectual programático fue descrito en la presentación de la revista *Les Temps Modernes* fundada por Jean Paul Sartre en 1945, en este texto el autor afirma que su tarea y la del resto de escritores es “tomar partido en la singularidad de su época... entrever los valores de eternidad que están implicados en [los] debates sociales o políticos [y] contribuir a que se produzcan ciertos cambios en la sociedad que nos rodea” (p.12). Sartre oponía este tipo de intelectual a los “becarios” o “consumidores puros” los cuales, como se dijo anteriormente, se encontraban aislados de la realidad que los circundaba, confinados en su “torre de marfil”. Es necesario señalar que esta fue una de las principales críticas que recibió el movimiento modernista.

como sus ideologías, un ejemplo de este tipo de publicaciones es *La Razón*, periódico fundado por un grupo de terratenientes liberales y conservadores opositores a las reformas de López Pumarejo, los cuales pertenecían al movimiento político Acción Patriótica Económica Nacional (APEN) (Patiño, 2017). Igualmente, se dio la formación de otro tipo de publicaciones un poco más autónomas respecto a los poderes económicos y políticos, y sobre todo con otro tipo de intereses más culturales. Estas publicaciones respondían a las necesidades de los intelectuales por intervenir en la coyuntura de ese momento a través de proyectos político-culturales (Sarlo, 1992, p.9) que, como se dijo anteriormente, reunían a un grupo de escritores no solo bajo una misma ideología política sino también bajo un mismo ideal de sociedad y cultura, un ejemplo de este tipo de publicaciones es *Sábado*.

### **Capítulo 3. El semanario *Sábado* como testimonio de una época**

El perfil más neto de una época, el esguince más revelador de una personalidad, el antecedente olvidado o renegado de cierta actitud que luego nos asombra, en tal o cual escritor, se hayan escondidos subyacentes, no en los libros, sino en las páginas de las revistas. (de Torre citado en Osuna, 2004, p. 34)

*Sábado. Semanario para Todos, al servicio de la Cultura y de la Democracia en América*, fue un periódico cultural de la ciudad de Bogotá que comenzó a ser publicado el 17 de julio de 1943 con un valor por ejemplar de 10 centavos<sup>18</sup>, como su nombre lo indica su periodicidad fue semanal y su publicación se realizaba los días sábado. El número de

---

<sup>18</sup> El Semanario aclara que se puede hacer una suscripción anual o de seis meses y que los precios de esta varían dependiendo de si el envío es nacional o internacional. Así mismo, el valor del ejemplar varía a lo largo de estos nueve años, hacia 1947 cuesta 15 centavos, en 1948 cuesta 30 centavos y luego queda en 20 centavos, valor con el que se mantiene hasta 1953.

páginas varió mucho, en los primeros años constaba de aproximadamente 16 páginas por número, hacia 1946 se incluyeron hasta 20 páginas por número, en 1945 se llegaron a publicar números de hasta 32 páginas como el número 104 del 7 julio de 1945 o el número 331 de diciembre de ese mismo año, los cuales tienen cuarenta páginas, contraria a esta situación en 1952 y 1953 se publicaron solo 12 páginas en la mayoría de los meses. Los textos que se encontraban divididos en seis columnas y se alternaban con la profusa publicidad que se encontraba en ellas. El Semanario se caracterizaba por la abundancia y variedad de temas, los cuales iban desde noticias de la actualidad política nacional e internacional, ensayos literarios y filosóficos, cuentos, novelas por entrega, poesía, historia, humor, crítica literaria, hasta consejos de belleza y normas de comportamiento para la mujer. Algunas de las secciones más recurrentes del semanario en estos nueve años fueron “Conozca usted a Colombia”, en la cual se señalaba la diversidad climática y geográfica de las regiones que conformaban el país; “La vida de los libros”, sección en donde publicaban reseñas de libros nacionales e internacionales; “Hombres del pasado”, sección en la se realizaba una pequeña biografía de algún hombre “notable” de la nación y se describían sus contribuciones al desarrollo de esta; “Ensayos y Ensayistas”, en la cual se publicaban tanto ensayos literarios como filosóficos sobre diversos temas; “Viva al tanto del mundo”, sección en la cual se publicaban noticias internacionales y “Municipio Colombiano”, sección, que como su mismo autor lo expresa, pretende el “conocimiento y reivindicación de la provincia” (Poveda, N°263, p. 12). Esta variedad de secciones y temas estaba relacionada con la pretensión democrática y la función pedagógica<sup>19</sup> del Semanario

---

<sup>19</sup> Esta función es muy similar a la que tenían las publicaciones periódicas en el siglo diecinueve, en donde se las consideraban como “los vehículos más apropiados para las transformaciones que debían producirse para echar las bases de una sociedad nueva” (Zanetti, p.112). Quizás porque ideal de nación que se pretendía consolidar, a mediados del siglo veinte no se había logrado.

puesto que aspiraba llegar a cualquier tipo de público<sup>20</sup> y ayudar a la educación de sus lectores con el propósito de contribuir al desarrollo de la nación. Es importante resaltar que la idea de cultura del Semanario era similar a la de la emisora H.J.C.K, a saber difundir una cultura universal y popular, una cultura no elitista que permitiera que las ideas que se estaban gestando en ese momento en el mundo llegaran a una buena parte de los individuos de la clase media y popular, teniendo en cuenta, claro está, los bajos índices de alfabetización de la mayoría de la población colombiana, por esta razón incluyó en sus páginas muchos artículos que hablaban de temas como los bailes, trajes y personajes típicos de alguna región o alguna comunidad étnica, las características que determinaban a los habitantes de una región y pequeñas biografías de personajes que eran considerados héroes en varias zonas del país, estos temas aparecían en secciones como “Las andanzas de Mario Ibero”, “Escucha y cometa por Sim” o “Famosos bandidos colombianos”. Sumado a esto, se realizaban varios reportajes de zonas alejadas del país tales como Choco, Magdalena, Arauca y La Guajira, en las cuales el Estado jamás había intervenido y se hacía un llamado a las autoridades para que resolvieran los problemas y necesidades de los habitantes de estos lugares.

Entre los autores nacionales que publicaron en el semanario se encontraban Jorge Zalamea Borda, Carlos Castro Saavedra, Héctor Rojas Herazo, José Antonio Osorio Lizarazo, entre otros, también se publicaron varios textos de autores internacionales como

---

<sup>20</sup> Por esta misma razón su cobertura fue tan amplia, el periódico se distribuyó en una gran parte del país, en departamentos como Meta, Tolima, Valle del Cauca, Boyacá, Caldas, Antioquia, Cundinamarca, Nariño, Chocó entre otros, e internacionalmente tuvo una cobertura en países como Ecuador, Venezuela, Panamá y Costa Rica.



como Thomas Mann, Giovanni Papini, Bernard Shaw, Virginia Wolf, Alfonso Reyes y Willian Faulkner y Jean Paul Sartre. Estas publicaciones de autores extranjeros reflejan el interés del grupo fundador del Semanario de tomar como referente reflexiones que se estuvieran dando en el extranjero, como el existencialismo francés, para aplicarlo a las discusiones y problemas de la nación. Cabe señalar que *Sábado* fue uno de los periódicos que sufrió la censura del gobierno de Mariano Ospina y Laureano Gómez, tanto el número de páginas como las sesiones y temas que publicaba el semanario cambiaron durante el tiempo en que la publicación fue censurada, esto es desde el 12 de noviembre de 1949 hasta el 10 de mayo de 1952, en lugar de la variedad de temas y textos que aparecían antes de esta fecha, comenzaron a atiborrar las páginas con, al parecer, lo único que estaba permitido publicar: noticias sobre deportes y la vida social de las elites colombianas.

*Sábado* fue fundado durante una época turbulenta de la historia no solo de Colombia sino mundial, pues la violencia bipartidista se había empezado a gestar en varios rincones de Colombia desde los años treinta<sup>21</sup> y el mundo estaba siendo sacudido por la segunda guerra mundial, son este tipo de circunstancias las que exigen el nacimiento de una publicación periódica, ya que esta “se diseña para intervenir en la coyuntura, alinearse respecto de posiciones y, en lo posible, alterarlas, mostrar los textos en vez de solamente publicarlos” (Sarlo, p. 11), es decir, las publicaciones periódicas nacen como respuesta a una problemática, cuando hay discursos que todavía no han sido dichos o escuchados. En esta línea de sentido, *Sábado* se funda como una alternativa democrática a las publicaciones

---

<sup>21</sup> La violencia bipartidista comenzó a desarrollarse en los años treinta en ciudades como Sincelejo, Cartago, Montería, Tunja, Chiquinquirá, entre otras, por el control de los votos que permitirían que uno u otro partido obtuviera la mayoría electoral (Patiño, 2017).

polarizadas que estaban emergiendo en el país, en rechazo a esto aseguran que “ninguna empresa propia. ningún proyecto local puede ser para Colombia más interesante. Ni igualmente interesante, que su íntima vinculación a las ideas democráticas” (N°1, p. 2). En otras palabras, este Semanario pretendía crear una publicación que recibiera toda clase de opiniones en contraposición al bipartidismo y autoritarismo que estaba dominando el país y el mundo. En la realidad polarizada de ese momento *Sábado* dio cabida a todo tipo de discursos sin importar el partido político al que su emisor perteneciera, por ello se publicaban artículos que expresaban ideas liberales como las de German Arciniegas y de extrema derecha como las del leopardo Silvio Villegas, socialistas como las de Antonio García o comunistas como las del escritor Manuel Zapata Olivella.

El grupo fundacional del Semanario estaba constituido por Eduardo Caballero junto con otros intelectuales de la época como Armando Solano, Plinio Mendoza y Hernando Téllez, su propósito era “contribuir a la cultura e inteligencia colombianas” (*Sábado*, N°1, p. 2). La estrecha relación entre el campo político y el campo cultural se hace muy evidente en la constitución de este semanario y otras publicaciones de la época, las cuales se fundan no solo como un proyecto con una idea de cultura común entre quienes lo conforman, sino que esta idea de cultura respondía a los proyectos políticos a los que estos grupos de intelectuales estaban afiliados. En el caso de *Sábado* el grupo de intelectuales que lo conformaban se declararon públicamente liberales y, aunque, como se dijo anteriormente, se publicaban toda clase de textos de las diferentes vertientes ideológicas, no se puede negar que este hecho determinaría la preeminencia de las ideas de este partido político, lo cual se verá reflejado en la abundancia de textos que contienen discursos de apoyo y defensa a los políticos liberales de la época más reconocidos como Jorge Eliécer Gaitán y

Alfonso López Pumarejo y, posteriormente, las críticas a los gobiernos de Mariano Ospina, Laureano Gómez y Gustavo Rojas Pinilla.

### 3.1. Caballero y su percepción sobre el “pobre y rudimentario” campo cultural colombiano

Desde 1945 hasta 1953 Caballero publicó 74 artículos en el Semanario, entre los que se encuentran ensayos, cuentos, fragmentos de libros suyos que fueron publicados o estaban en proceso de divulgación y comentarios cortos sobre las noticias más importantes de ese momento en el país, para esta investigación se tendrán en cuenta 20 artículos en los cuáles se pueda identificar la postura de Caballero en tres temas principalmente: el estado del campo cultural colombiano, su concepción sobre la cultura y la raza y el fenómeno de la Violencia.

El 12 de enero de 1946 aparece una nueva sección en *Sábado* denominada “Figuras Literarias”<sup>22</sup>, en ella Caballero comienza a publicar varios textos de crítica literaria bajo el seudónimo de *Fedro*<sup>23</sup>, los cuales fueron muy controversiales debido a que el autor realizaba juicios, bastante mordaces y humorísticos, acerca de varios de los escritores, historiadores y poetas más reconocidos de ese momento, tales como Juan Lozano y Lozano,

---

<sup>22</sup> En el número 164 del Semanario publicado el 31 de agosto de 1946, Caballero aclara que fue el director de ese entonces Plinio Mendoza Neira, quien le pidió que escribiera esta sección sobre crítica literaria, la cual terminó en el momento en el que Caballero decide dejar de escribirla (las razones de esta renuncia se aclararán más adelante), hecho que evidencia la confianza que tenía el director del *Sábado* respecto al criterio literario del autor.

<sup>23</sup> Cabe resaltar que en las búsquedas que se realizaron para esta investigación, no se encontraron otros trabajos que tuvieran conocimiento de este seudónimo que utilizó el autor ni los textos que publicó bajo el mismo. La idea de este seudónimo era ocultar el nombre del autor, no obstante, en el cuarto artículo publicado en esta sección aparece como autor Eduardo Caballero Calderón, equivocación que en el número siguiente tratan de remediar asegurando que fue un error de la redacción, porque en realidad los editores del Semanario no saben quién es Fedro pues sus colaboraciones les “llegan anónimas y misteriosas” (*Sábado*, 1946, p.1), además le ofrecen disculpas a Caballero por decir que él es Fedro.

Hernando Téllez, Armando Solano, el grupo de poetas denominado Los Piedracelistas, entre otros. “Figuras Literarias” duró apenas cinco meses, desde el 12 de enero de 1946 hasta el 25 de mayo de 1946<sup>24</sup>, debido a las constantes críticas<sup>25</sup> que comenzó a recibir. Las razones de la renuncia de Caballero quedaron expresadas en un artículo dirigido a Hernando Téllez<sup>26</sup> el 31 de agosto de ese mismo año, en el cual el autor asegura que

la crítica en Colombia es una actividad ingrata que solo deja sinsabores y muchos enemigos [...] Cuando intenté en este mismo semanario escribir una veintena de semblanzas literarias se me vinieron encima los periodistas me desnudaron públicamente, los poetas, algunos cronistas me trataron de envidioso, y todos convinieron en que yo carecía de autoridad para ejercer la crítica y la pintura de caracteres. (Nº 164, p. 2)

Este cuestionamiento a la crítica literaria es expresada por Caballero (1946) en otros artículos<sup>27</sup> en los cuales manifiesta que en Colombia la crítica no es rigurosa porque su fin es adular cualquier tipo de producto cultural que se realice en el país, obviando lo “mediocre” que este pueda ser, además señala que varios de los que se dedican a este oficio carecen de criterios estéticos para juzgar el valor de una obra y en muchas ocasiones estos juicios obedecen a una especie de acuerdo entre los críticos literarios de ese momento, los cuales consideraban que lo importante era que “pareciera” que había una gran producción cultural, hecho que contribuiría al mantenimiento de la falsa creencia de que el país y sobre

---

<sup>24</sup> En total fueron publicados trece artículos.

<sup>25</sup> Además de los testimonios de Caballero, respecto a las críticas que recibió por su columna y a un artículo del 23 de marzo de 1946 en el cual una autora denominada Fedra, le critica el hecho de que hubiera comenzado con esta labor partiendo del hecho de que Caballero entendía muy poco sobre estos temas, esta investigación desconoce las críticas a las que se refiere el autor, pues no aparecen ninguna en los números revisados de este Semanario.

<sup>26</sup> El artículo al que Caballero responde es *Tiempo de poesía* publicado el 24 de agosto de 1946 en *Sábado*.

<sup>27</sup> *Breve disertación sobre la escuela* (1946), *Silvio Villegas* (1946) y *El profesor López de Mesa* (1946).

todo Bogotá seguía siendo la *Atenas suramericana*<sup>28</sup>, acciones que contribuían al detrimento de la calidad artística y literaria (N°160, p. 7-10; N°132, p. 5). Es quizá por esta razón que Caballero se propone en estos artículos realizar una crítica literaria que tenga en cuenta algunos de los elementos del campo literario y cultural, es decir, una crítica literaria en la cual se “estudien los efectos sociales de la literatura, la configuración del público lector, la formación del gusto en cuanto fenómeno social, la evolución histórica de los géneros” (Jiménez, 1992, p. 9). El tipo de crítica que el autor realiza se centra menos en las obras y su calidad estética y más en la figura del autor.

La configuración del público lector es una de las principales preocupaciones de Caballero, el autor asegura que a diferencia de varios de sus contemporáneos, a quienes les gusta llenar de “citas y referencias sus textos” y utilizar adjetivos, extranjerismos y latinismos difíciles de entender para el lector común, él “escribe para los lectores y no solo para quienes escriben” (N°131, 1946, p. 5), por eso su prosa en estos textos es fácil de leer, se caracteriza por utilizar pocas o ninguna cita, y en vez de citas de autores extranjeros, para reforzar sus ideas, utiliza muchas de las anécdotas contadas por los campesinos de ese entonces, todo esto con el objetivo de que cualquier tipo de lector pudiera acercarse e identificarse con sus textos. Se debe tener en cuenta que para ese momento la crítica literaria en el país no se había desarrollado completamente porque para ello era necesaria la consolidación de un mercado literario y de un público lector, hechos que, como se mencionó anteriormente, comenzarían a darse a raíz del conflicto bipartidista.

---

<sup>28</sup> Este mito proviene de una afirmación realizada por Menéndez Pelayo en 1892, en la cual asegura que Bogotá estaba destinada a ser la Atenas Suramericana y que continuó creciendo gracias, no solo a la construcción de primera sede de la Academia de la Lengua en América, sino que también fue apropiada y reproducida por cronistas y por las élites de la capital como parte de su discurso cultural diferenciador respecto al resto de clases sociales, así como de ciudades (Zambrano, 2002).

En otros artículos publicados en esta sección, Caballero arremete contra el campo cultural colombiano en general, catalogándolo como “pobre y rudimentario” (N°150, 1946, p. 2), crítica bastante acertada si se tiene en cuenta el estado en el que se encontraba el campo cultural para ese entonces, en el cual como se describió anteriormente, no se habían terminado de configurar y desarrollar las instancias de producción, reproducción, difusión y consagración, el mercado editorial apenas estaba desarrollándose y el público lector configurándose. En cuanto a los productores culturales (sociólogos, historiadores, escritores y artistas en general), manifiesta que muchos de ellos terminan en puestos públicos o políticos, descuidando su labor y poniendo su saber a favor de un partido político (N°134, 1946, p. 1). Esta relación entre política y cultura ha sido una constante en la historia de Colombia, no obstante, a partir de los años treinta, hubo un aumento en el número de intelectuales liberales que asumieron cargos públicos en apoyo a las reformas del gobierno de Alfonso López Pumarejo, es decir colocaron su saber al servicio de este proyecto político (Urrego, 2002).

Uno de los grupos de intelectuales que más critica Caballero por este hecho es el de Los Piedracelistas, pues muchos de ellos, al disolverse el grupo, terminaron ejerciendo diversos cargos burocráticos o políticos: Jorge Rojas era Director de la Extensión Cultural y Eduardo Carranza tenía a cargo la embajada de Colombia de Chile (N°137, 1946, p. 5). Así mismo, el autor señala que la política “vicia” el provenir de los escritores nacionales, quienes descuidan su labor literaria para dedicarse a escribir los discursos de los políticos de turno y alabar su mandato con el objetivo de beneficiarse con algún puesto público. En un artículo del 2 de febrero de 1946 Caballero expresa que Juan Lozano y Lozano era “una gran promesa literaria, pero su talento se está perdiendo debido a la militancia política”

(N°134, p. 1). Lo paradójico de estos señalamientos es que Caballero, al igual que varios de sus contemporáneos, ejerció diferentes cargos públicos, mencionados anteriormente, y fue uno de los intelectuales que apoyó el mandato de López Pumarejo y de Alberto Lleras Camargo<sup>29</sup>, así como el movimiento gaitanista: “el movimiento de Gaitán, del cual yo formé parte porque no era un comunista, ni un político profesional [...] ni un partidario de la candidatura de Turbay, sino[...] un escritor preocupado por la realidad y el porvenir de su patria” (N°282, 1948, p. 1). Es decir, Caballero, seguía el modelo de intelectual comprometido francés, pues consideraba que dentro su función como escritor e intelectual debía intervenir, desde la política y los puestos públicos, en los problemas sociales, económicos y culturales de la nación.

A pesar de que la mayoría de estos artículos fueron escritos en 1946, cuando el autor todavía participaba de la vida política y ejercía varios cargos públicos, presagiarían los cambios en la percepción que tendría Caballero de su función como intelectual y su labor como escritor, pues cuando la Violencia se agudiza en 1949, Caballero, al parecer, se da cuenta de que la forma cómo estaba interviniendo en las problemáticas del país no estaba dando resultados favorables, por esta razón decide renunciar a uno de sus cargos públicos más importantes, registrador nacional, vuelca su interés en la escritura y comienza a publicar varios de sus libros más reconocidos, que tratan precisamente del conflicto bipartidista que se estaba viviendo ese momento, además sus colaboraciones en *Sábado*, sobre sus opiniones acerca de los problemas del país, son cada vez más escasas, solo se publican sus creaciones literarias o ensayos literarios. Entre mediados de 1949 hasta 1953

---

<sup>29</sup> En 1946 Caballero escribe una apología a Alberto Lleras resaltando su labor como presidente (1945-1946) y declarándose un combatiente dispuesto a luchar para salvaguardar el buen nombre y la labor de Lleras Camargo (N°161, p.8).

solo se publicaron 19 textos del autor en el Semanario, la mayoría fueron textos tomados de libros que el autor había publicado en formato libro, es decir, no eran colaboraciones directas; esto se debe, también, a que el periódico se politiza y Caballero comienza a divulgar sus textos en publicaciones un poco más culturales y literarias que *Sábado* como *El tiempo* y *El espectador*. La politización de las publicaciones periódicas se caracterizó “por el desplazamiento de los espacios de discurso literario o artístico en beneficio de las notas de actualidad, o simplemente un desplazamiento voluntario de los colaboradores habituales hacia otros medios con recepción más especializada” (Torres, 1991, p. 2). Este fenómeno no ocurre únicamente con Caballero, autores que en un principio publicaban en *Sábado* tales como Luis Vidales, Jorge Gaitán Durán, Fernando Guillén Martínez, Manuel Zapata Olivella, Jorge Zalamea Borda, Carlos castro Saavedra, Héctor Rojas Herazo, Aurelio Arturo y Hernando Téllez, también comienzan a desplazarse hacia otro tipo de publicaciones.

Por otra parte, Caballero también juzga la labor periodística que ejercían sus contemporáneos, pues consideraba el periodismo y las revistas como “un caño[...] que fluye y no da gloria” (N°134, 1946, p. 1), este comentario respecto al periodismo y las revistas es bastante contradictorio porque el autor fundó varias revistas, además de *Sábado*, como *El Aguilucho* (1927) y *Contrapunto* (1958), ejerció esta profesión durante la mayor parte de su vida y fue reconocido públicamente sobre todo por este oficio. Además, hay una afirmación en el discurso que realizó en 1942 cuando recibió el reconocimiento<sup>30</sup> de la Academia Colombiana de la Lengua, en el cual expresó la importancia de la “labor literaria

---

<sup>30</sup> Además de esta declaración, según la columna de Fedra mencionada anteriormente, en ese mismo discurso el autor afirmó que “los periodistas de hoy habrían de ser mañana los clásicos del idioma” (N°141, p. 5).



que se cumple o puede cumplirse en el periodismo” (Boletín Cultural, 2003, p. 9). Es decir, entre estas dos afirmaciones median apenas cuatro años, hecho que indica la decepción que va sintiendo el autor respecto a las condiciones de publicación en las revistas del país, pues aunque se fundaran muchas con pretensiones predominantemente culturales, estas se acoplaban a lo que pedía el gran público, esto es notas políticas y de actualidad social, si pretendían sobrevivir en el mercado. Además, exigía de los productores ejercer una labor más periodística que literaria, debido a que esta era una forma de seguir escribiendo, difundir sus textos y participar en la esfera pública, aunque no fuera, precisamente por sus textos literarios, en definitiva, Caballero comienza a darse cuenta de la necesaria autonomía del campo literario.

En esta misma línea de sentido el autor comenta que “unos mismos nombres se barajan indefinidamente en las publicaciones [...] Pueden fundarse nuevas revistas, algunas de muchas pretensiones, pero la colaboración no varía y da la impresión de que es siempre la misma” (Caballero, 1946, p. 5). La poca duración de las publicaciones periódicas se debía, en muchos casos, a problemas similares a los de las editoriales, es decir problemas para su financiación, falta de lectores, dificultades en la circulación, además de la falta de reconocimiento que se le daba a cualquier obra escrita por un colombiano, puesto que lo nacional “inspiraba recelo y desconfianza a los lectores, por el hecho principal de que no es extranjero” (Caballero, 1946, p. 5). No obstante, es necesario recordar la importancia del surgimiento en los años cuarenta y cincuenta de una gran variedad de revistas<sup>31</sup>, algunas

---

<sup>31</sup> Algunas de las revistas más reconocidas de esta época fueron *Prometeo*, revista ligada al partido conservador, la cual publicó, en su mayoría, “artículos que o bien asumían directamente la visión católica de la sociedad o la concepción católica del arte y la cultura” (Urrego, 2002, p.21); *Revista de las indias*, fue el órgano de la Biblioteca Nacional, se caracterizó porque en ella colaboraban varios autores extranjeros sobre todo varios exiliados republicanos de la guerra civil española, así mismo “intentó mostrar variadas formas de mirar a Latinoamérica a través de su poesía, su ficción, su crítica y su avance científico” (Restrepo, 1990,

ligadas a los partidos tradicionales y otras con pretensiones más culturales y con posiciones críticas respecto a los problemas sociales, que se caracterizaron por la rigurosidad de su trabajo y la diversidad de propuestas estéticas en las cuales se vio una apertura hacia lo universal (Urrego, 2002, p. 122-124), sobre todo después de que estallara la Violencia, este hecho es síntoma de cómo estas instancias permitieron a los productores culturales difundir sus producciones, más aun cuando el mercado editorial apenas se estaba desarrollando y eran muy pocos quienes lograban que una obra suya fuera publicada en formato libro y, si lo lograban, eran muy escasas las posibilidades de que se vendieran todos los ejemplares publicados, porque los consumidores de este tipo de productos culturales eran muy pocos.

Ahora bien, es necesario señalar que todas estas críticas que el autor realiza se deben a su preocupación por que en Colombia no se puede ejercer el oficio de escritor y vivir únicamente de ello, es decir no hay una profesionalización del escritor, pues tanto la autonomía del campo como la de los escritores es tan poca que estos productores culturales deben recurrir a otros oficios que les permitan obtener capital económico, al respecto Caballero expresa que

para vivir de la literatura en Colombia hay que acudir al periódico y a la revista, que son trapiches de bueyes que desperdician la miel y dejan el bagazo al más templado. Los gobiernos dejan morir tranquilamente de hambre a sus mejores artistas, como al desventurado Barba Jacob, que acabó sus desgracias en un hospital de México, para mandar por ellos una vez que los ve bien muertos y en conserva. Y la estatua que luego les levanta, seguramente no quitará el hambre a sus hijos. (N°134, 1946, p. 1)

---

p.26) y *Mito* publicación fundada por el poeta Jorge Gaitán Durán y el crítico literario Valencia Goelkel, esta publicación “se propuso difundir lo más avanzado del pensamiento universal, atendiendo dolo a la calidad de los artículos” (Uribe, 2002, p.129), es decir, no estaba ligada directamente a algún partido político.

En otras palabras, en esta época la mayoría de intelectuales contaban con muy pocas garantías para ejercer su actividad de manera independiente, ya que para financiar algún proyecto cultural debían asumir cargos públicos o, como se dijo anteriormente, escribir para algún periódico o revista, puesto que estos medios les permitían una entrada en la esfera pública. Esta situación se debía al poco desarrollo del campo literario: con pocos consumidores, debido a la poca alfabetización que había en el país, así como pocas editoriales y editores, críticos, instancias (de producción, difusión, legitimación y consagración), escuelas, redes intelectuales, los productores culturales tenían muy pocas alternativas para lograr una independencia económica que les permitiera alcanzar una autonomía literaria. Sin embargo, se debe tener en cuenta el doble papel que jugaba la prensa, pues, aunque en ocasiones limitaba la creación del autor, también fue un “vehículo importante para la formación de instancias culturales que favorecieron la profesionalización de la escritura” (Beigel, 2003, p. 106).

Por último, Caballero manifiesta que una de sus preocupaciones respecto a la producción literaria nacional es que la mayoría de los escritores colombianos no han volcado su mirada hacia lo universal, cuestión fundamental para que se pueda dar un desarrollo de la “incipiente [...] pobre y poco original” (N° 139, 1946, p. 7) literatura colombiana. La mirada a lo externo es necesaria porque a partir de las ideas de escritores extranjeros se podría dar una verdadera reflexión de los problemas nacionales. Este hecho se relaciona con las preocupaciones que expresa el autor en cuanto a las pocas traducciones de textos extranjeros, necesarios para que haya una apertura hacia el pensamiento universal, que se realizaban en el país, debido a que la mayoría de las traducciones que se encontraban en el mercado eran argentinas, situación problemática para el escritor pues consideraba que

los argentinos no hablaban bien español, por lo cual sus traducciones eran poco confiables (N°139, 1946, p. 7), de ahí la necesidad del desarrollo de este mercado. La falta de confianza en las traducciones argentinas que expresa Caballero se debe a que, al igual que muchos de sus contemporáneos, consideraba que el “mejor español”, es decir el más cercano al habla peninsular, era el colombiano, esta creencia la heredó Caballero de la elite intelectual bogotana del siglo XIX, quienes contribuyeron a crear y mantener el mito de la Atenas suramericana, pues se veían a sí mismos como miembros de una sociedad culta y “consideraban que Bogotá se encontraba muy por encima de las otras ciudades latinoamericanas” (Zambrano, 2002, p. 9). A pesar de que Caballero se consideraba un autor cercano al pueblo, sobre todo a los campesinos de las zonas centrales del país, pues muchos de sus proyectos culturales iban encausados hacia la educación del pueblo y el reconocimiento de la cultura popular, y en varios de sus textos intentó reivindicar al hombre del campo y su labor, seguía reproduciendo los discursos de diferenciación social que utilizaban las elites colombianas para mantener sus posiciones de privilegio.

### **3.2. Caballero y su posición frente a dos debates relevantes de la época: la cultura y la raza**

Una de las características de finales del XIX y principios del XX fue la proliferación de discursos que se preguntaban por la identidad nacional, a raíz de esta pregunta surgieron diferentes posturas que intentaron dar una respuesta a esta necesidad tales como el hispanismo, el indigenismo, el regionalismo, el mestizaje y el populismo (Barrera, 2005, p. 137). Discursos como el del liberal Jorge Eliecer Gaitán utilizaron el reconocimiento de lo indígena y lo popular (folclórico) para responder esta pregunta. Así mismo, varios intelectuales intentaron dar respuestas por medio de la relación entre cultura y raza

(Barrera, 2005, p. 137). Caballero no fue ajeno a estas explicaciones deterministas pues en varios de sus textos caracteriza a los habitantes de una región de acuerdo con las características climáticas y tipográficas del territorio que habitaban, así como por sus componentes raciales. Por ejemplo, en un artículo de 1949 titulado *La vergüenza nacional. Cartas de Boyacá y Santander* describe que los rasgos psicológicos de los habitantes de regiones del país como Santander y Boyacá se deben o están directamente relacionados con las características geográficas del lugar de donde proceden “los santandereanos, quizá por la influencia agobiadora de sus montañas estériles, son individualistas como los boyacenses; los cuales, quizá por la pesadumbre de sus páramos, son tímidos y ensimismados como ovejas” (N°309, p. 1). En muchas ocasiones estas descripciones son bastante peyorativas, sobre todo cuando se refiere a habitantes de otras regiones como los costeños o paisas, sin embargo, cuando el autor se refiere a los habitantes de departamentos con los cuáles él se siente identificado como son Boyacá y Santander, Caballero asume posturas regionalistas y paternalistas, catalogándolos como “lo[s] mejor[es] trabajadores del país” y reconociéndolos como el tipo de habitante ideal para el progreso de la patria, puesto que “las lanzas que abrieron paso a la independencia de América fueron Boyacenses, y los machetes que tallaron la República, fueron santandereanos (N°309, 1949, p. 2). Este tipo de discursos eran bastante perjudiciales porque contribuían a que se mantuviera el abandono estatal de varias regiones cuyos habitantes por sus “rasgos psicológicos y físicos” no podían contribuir al desarrollo económico del país; según el autor, las características de estos pueblos debían mejorarse por medio de un proceso de mestizaje con una “raza” dotada de características más idóneas como la española.

Siguiendo esta línea de sentido, el hispanismo<sup>32</sup> es una de las ideas más recurrentes encontradas en estos textos, en ellos Caballero contrapone el hispanismo al indigenismo, movimiento que estaba tomando fuerza en muchos de los discursos de sus contemporáneos. El hispanismo de Caballero no respondía únicamente a un reconocimiento de lo nacional a través de la herencia española, sino que fue un distintivo de él y de varios grupos de intelectuales latinoamericanos del siglo XX que presentaban “posiciones más conservadoras y retardatarias [...] o en menor grado, en sectores de vanguardia que intentaron oponer la existencia de una tradición, el vínculo histórico con España, a la presencia de una nueva potencia invasora: Estados Unidos” (Urrego, 2002, p. 84) y, posteriormente, Rusia. Lo paradójico de estos discursos de Caballero, es que el tratamiento que le da a la herencia española exaltándola y despreciando las culturas prehispánicas, fue una característica mucho más común entre los grupos conservadores de la época (Urrego, 2002). Si se tiene en cuenta que Caballero perteneció al liberalismo gaitanista y que en varios textos se declara un librepensador y defensor de las libertades individuales, esta postura es bastante contradictoria, más cuando en su defensa al hispanismo ataca las posiciones indigenistas de sus contemporáneos, a saber, en un ensayo de 1946 en el que está criticando la postura indigenista del intelectual Germán Arciniegas, afirma que

yo creo que no por barbaros y sanguinarios los conquistadores fueron menos grandes [...]

No hay necesidad de menospreciar la gloria de los españoles a fin de realzar la

mansedumbre de los indios, que no eran menos ásperos que los otros. (Nº 135, p. 1)

---

<sup>32</sup> Caballero fue reconocido por su predilección y defensa a España y la cultura española, al respecto escribió varios libros como *Ancha es Castilla* (1950) y *El Breviario del Quijote* (1947).

En este mismo ensayo el autor refuta la postura de Arciniegas respecto a la participación de los indios en la independencia, afirmando que esto no pudo ser así porque “los indios del Ecuador y el Perú apenas comprendían una lengua que hoy todavía desconocen” (N°135, p. 14) y no se puede afirmar que “esta gente luchaba por una libertad que para nada entraba en la primitiva arquitectura de sus ideas políticas” (N°135, p. 14). Según Caballero, Arciniegas no juzga a los conquistadores según el tiempo en el que vivieron, sin embargo, cuando él hace un juicio sobre la población indígena, los descalifica sin tener en cuenta los aspectos que criticaba en los discursos de Arciniegas, es decir, la cultura de estos pueblos, sus condiciones de posibilidad y la época en la que ocurrieron estos acontecimientos.

Finalmente, una de las posturas más paradójicas de Caballero respecto a la relación entre ‘raza’ y cultura es la inmigración. Según Lina María Leal (2011) a partir de 1920 en el país

emergió un debate entre los intelectuales colombianos respecto a la necesidad de la inmigración como un camino para solventar la supuesta crisis de la ‘raza’ colombiana, ya que para algunos, el proceso de mestizaje en la región habría constituido una ‘raza’ degenerativa inferior a la europea. (p. 23)

Este debate, al parecer no había sido superado para la época de la Violencia, ya que en varios textos de Caballero como *La inmigración una necesidad de Colombia. El banco del inmigrante* (1949), *Redistribución de los problemas Colombianos* (1949) y *La vergüenza nacional* (1949), cataloga la inmigración como uno de los problemas fundamentales que tiene el país, debido a que es necesaria no solo “para el mejoramiento de nuestra realidad biológica [puesto que] el habitante blanquearía paulatinamente y al cabo de dos generaciones mejoraría la raza y la estatura” (N°288, p. 3), sino también para traer al

país “un concepto más alto de la vida que el que aquí tenemos, unas cuantas ideas fecundas y unas costumbres más civiles” (N°286, p. 14), es preciso señalar que esta es una concepción determinista, muy similar a la observada en sus discursos regionalistas, en la cual se puede advertir que Caballero, al igual que varios de sus contemporáneos, comenzó a usar el concepto de raza<sup>33</sup> para asignarle unas características superiores, no sólo biológicas sino también mentales y sociales, a la ‘raza’ europea, mientras que al indio le asignaba características inferiores, concluyendo que esta población no permitía el desarrollo económico y cultural del país necesario para llegar a un nivel de desarrollo similar al de los países europeos. Igualmente, para el autor estas poblaciones no son solo intelectualmente inferiores sino que además no poseen características físicas agradables “un país como este con una amalgama de blancos venidos a menos, indios y negros llegados a más y mestizos y mulatos que componen el resto, jamás pasará de producir tipos humanos de fealdad física y de debilidad mental” (N°288, 1949, p. 2), esta creencia de Caballero responde a varios imaginarios de la época, el primero de ellos aseguraba que las características físicas de los europeos como su piel y ojos claros representaban la verdadera belleza, una belleza pura a la que todos los pueblos debían aspirar; el segundo afirmaba que esta sociedad estaba más desarrollada que la nuestra, porque tenía tipos humanos más trabajadores y productivos, contrario a los indios y “negros” que eran considerados flojos y perezosos, este hecho tiene relación con el desarrollo industrial que se estaba llevando a cabo en el país, puesto que “el perfeccionamiento de la ‘raza’ surge como una salida para mejorar las condiciones económicas de producción” (Leal, 2011, p. 24). En relación con esto, Caballero aclara que

---

<sup>33</sup> Según Leal (2011) este tema fue “un problema de estudio que venía inquietando a intelectuales de diferentes lugares del mundo, desde los siglos XVII y XIX, cuando el concepto se comenzó a usar como categoría pseudo-científica, mediante la asignación de determinadas características a los diferentes taxones raciales” (p.23).



los grupos de inmigrantes europeos deben ser de nacionalidad española e italiana y expresa su rechazo al hecho de que “Estados Unidos u otros gobiernos paternalistas resolvieran atestarnos de judíos o de negros para descongestionar el viejo y el nuevo continente” (N°309, 1949, p. 1), el autor está en desacuerdo con que migren estos grupos culturales porque considera que traerían más problemas al país, pues según las características que les asignaban en la época, y aun en nuestro tiempo, “los negros no trabajan” (Caballero, N°309, p. 1) y los judíos son “en su mayoría, maleantes y ladrones” (Caballero, N°309, p. 2). Estas afirmaciones revelan como las elites intelectuales continuaban excluyendo estas alteridades, negándoles una real participación en la esfera pública y en la construcción de nación.

El imaginario judío es producto, en buena parte, de las percepciones que había en el extranjero, las cuales son producto, a su vez, del antisemitismo alemán, cuya construcción sobre lo judío respondió a “motivos económicos” (Leal, 2011, p. 29), y aunque fue mucho más común que se presentara en grupos de extrema derecha que se identificaban con las ideas del Tercer Reich, es evidente que permeó una buena parte de las mentalidades colombianas y que escritores que se declaraban librepensadores no podían escaparse a los discursos racistas y antisemitas predominantes de la época.

En resumen, Caballero sostuvo algunas posturas que pueden parecer paradójicas, puesto que se relacionaban más con intelectuales cuya filiación política era conservadora. Su antisemitismo, racismo y antiindigenismo se deben entender dentro de los discursos “biológicos” que estaban legitimados, incluso con criterios que parecían científicos, por las elites intelectuales de esta época de las cuales Caballero hacía parte, sobre todo si se tiene en cuenta el doble papel, dominantes-dominados, que tenían estos productores culturales

dentro del campo del poder. Es necesario señalar que Caballero “como sujeto histórico no podía estar ajeno a las convulsiones del siglo XX con sus cambios y transformaciones que por fuerza tenían que obrar y operar en él una serie de contradicciones que lo llevaban a radicalizar muchas veces sus posturas” (Acevedo, 2010, p. 122). Es decir, Caballero al ser partícipe y producto de esta época reproduce sus contradicciones.

### **3.3. La percepción de Caballero sobre la Violencia: transformaciones en la función del intelectual**

Ya nadie le dice a usted que un pueblo es de tierra caliente o tierra fría; que es productor de trigo o de tabaco; que es bonito o feo, porque esas divisiones ya no se tienen en cuenta, hay solo pueblos liberales y pueblos conservadores, como quien dice pueblos de perros y pueblos de gatos. (Caballero, N°307, 1949, p. 2)

El 18 de diciembre de 1948 aparece el primer artículo en *Sábado* en el cual Caballero hace referencia directa a la Violencia que estaba viviendo el país en ese entonces, antes de esta fecha los artículos de Caballero se referían a diversos problemas sociales, políticos y culturales, sin mencionar la Violencia bipartidista, esto se debe sobre todo a que es a partir del Bogotazo y durante la presidencia de Mariano Ospina que la confrontación bipartidista se agudiza y se hace más visible en las ciudades. Es necesario señalar que Caballero redujo su publicación de textos en el Semanario desde finales de 1946 hasta finales de 1948, debido a que, como lo aclaran en el periódico, se encontraba en España durante este periodo, por lo cual no le tocó vivir el Bogotazo. A su regreso escribe un artículo sobre los acontecimientos que tuvieron lugar el 9 de abril de 1948, en este texto Caballero reflexiona sobre el asesinato de Gaitán y la destrucción de Bogotá, calificándolo como un hecho que “partió la historia de Colombia en dos” (N°282, 1948, p. 1) sobre todo

para el pueblo, pues los políticos continuaron comportándose de la misma forma “rapaz” que los caracterizaba. Así mismo expresa que debido a su ausencia, lo sucedido es todavía demasiado confuso y apenas está reflexionando acerca de sus consecuencias. Sin embargo, Caballero manifiesta que, a pesar de no haber estado presente, no puede

permanecer más tiempo silencioso, cuando por multitud de razones (la primera de las cuales es mi profesión de escritor, que me impone la obligación de escribir) debo decir lo que pienso sin perjuicio de que más tarde tenga que rectificar o enmendar las impresiones iniciales. (N°282, 1948, p. 1)

Este apartado ejemplifica cómo cambiaría la relación de los intelectuales con la política y su intervención en la esfera pública después del 9 de abril de 1948, puesto que “en adelante, sería la Violencia la que se erigiría en interlocutor, la que atrocemente interrogaría a los intelectuales<sup>34</sup> sobre la pertinencia de su oficio y les exigiría una toma de partido” (Urrego, p. 118). Aunque, como se dijo anteriormente, varios grupos de intelectuales, en su mayoría liberales, comenzaron a ejercer cargos públicos que les permitieran intervenir directamente en los proyectos políticos de este partido, a medida que el gobierno de López se va debilitando también la intervención de los intelectuales en los diversos proyectos públicos que hasta ese momento habían asumido, esto no se da únicamente por el cambio de gobierno, sino también porque comienza a darse la ruptura del campo cultural con el campo político, debido, además del desarrollo del mercado, a un especie de desencanto que empiezan a sentir los intelectuales respecto a la pertinencia de su función social, la cual se encontraba al servicio de dos partidos políticos que hasta el

---

<sup>34</sup> Este hecho no se dio en todos los intelectuales, hubo grupos o individuos que concibieron su labor como el cultivo de las bellas artes y no entraron en querellas políticas.

momento, con el objetivo de mantener su poder, habían llevado al pueblo a este enfrentamiento.

El cambio en la actitud de Caballero respecto a la política se puede observar en varios artículos de los años 1946, 1947 y 1948, es decir cuando la violencia no era tan visible, en ellos el autor hace hincapié en su postura de liberal y luego de gaitanista. Posteriormente, se ve como el escritor se va alejando de sus filiaciones políticas “frente a los problemas colombianos [...] los liberales y los conservadores se comportan lo mismo, es decir, con igual inconsciencia, y lo que es más grave, con idéntica apatía” (N°286, 1949, p. 3) y señala a ambos partidos como responsables del conflicto. Igualmente, comienza a renunciar a los cargos públicos<sup>35</sup> que había asumido durante los últimos tres gobiernos. Aunque el autor sigue realizando crítica social y mencionando los problemas sociales y económicos que aquejan al país, en los artículos publicados de 1950 a 1953 su postura política y su afiliación al partido deja de mencionarse con tanta asiduidad. En otras palabras, la Violencia cambió la manera cómo los intelectuales, específicamente Caballero, se relacionaban con la política y los problemas sociales, pues esta relación comenzó a estar “mediada [...] por una lectura estética, desde la pintura<sup>36</sup> y la literatura; con lo cual hacían realidad, a su manera, su percepción de las funciones sociales del arte” (Urrego, p. 118). No es gratuito que a partir de 1950 Caballero tuviera su época más prolífica de creación literaria<sup>37</sup>, pues publicó dos de sus novelas más elogiadas, cuyo tema principal es el

---

<sup>35</sup> Esta renuncia se centra únicamente en los proyectos políticos, en cuanto a los culturales Caballero sigue publicando en revistas, fundando radioperiódicos como *Contrapunto* (1958), participando en festivales culturales, en 1957 dirige el primer Festival del Libro Colombiano, entre otros.

<sup>36</sup> Durante esta época hubo muchos artistas que desde sus diferentes formas artísticas como la pintura o la fotografía retrataron este periodo de la historia colombiana entre los que se encuentra Débora Arango, Alejandro Obregón, Ignacio Gómez Jaramillo, Manuel Humberto Rodríguez (Manuel H.) y Sady González.

<sup>37</sup> Al respecto, en un artículo publicado por su hija Beatriz Caballero (2003) esta cataloga la Violencia como la mejor época de su padre “este es el tiempo en el que indudablemente papá estaba en su plenitud intelectual; su

fenómeno de la Violencia: *El Cristo de Espaldas* (1952) y *Siervo sin tierra* (1954). El conflicto conlleva a que estos actores, por medio de sus productos culturales, más que por las intervenciones sociales, la vigilancia de ciertas instituciones, creación de proyectos o leyes que pudieran ejercer en puestos públicos o políticos, comenzaran a cuestionar y narrar el acontecer nacional, a explorar nuevas opciones estéticas creando productos que permitieran una visión diferente de la realidad; esta sería una de las razones que explicaría la gran cantidad de novelas que hubo durante esta época y que trataron este tema.

Antes de escribir estas novelas sobre la Violencia, es decir de tener una concepción de la literatura que le permitiera objetivar la realidad de ese momento por medio de formas estéticas, Caballero escribe varios textos en los que expone su postura frente a este tema, algunos de estos, presentes en el Semanario, se publicaron en formato libro bajo el nombre de *Cartas colombianas* (1949) y fueron concebidos gracias a los viajes que realizó el autor cuando fue registrador nacional, en ellos trata de explicar, desde una postura con una visión sociológica, las masacres en los pueblos, el odio entre habitantes de una misma región, las pasiones políticas en un pueblo que no sabía muy bien por qué razón luchaba, y sobre todo, expresa su rechazo y decepción a la forma como se estaba viviendo este conflicto y la manera como los líderes de ambos partidos políticos no habían hecho nada para evitarlo, al contrario habían incitado a los ciudadanos a la violencia, pero “cuando la violencia que ellos desataron les mordió los cañales salieron corriendo” (N°286, 1949, p. 3) y comenzó la persecución del pueblo, porque en el país “no se gobierna por una idea, con un programa y para un pueblo, sino contra unas personas [...] y para un partido político” (N°309, 1949, p.

---

ser político en su punto más alto de compromiso; su posición ante la vida, definida. Es su tiempo como hombre y como escritor (p. 58).

2). Estos señalamientos, son muy similares a los mencionadas en el primer capítulo, en el cual varios de los estudiosos de esta época relatan cómo los líderes de ambos partidos después de haber instigado y armado a una gran parte de los habitantes de Colombia, los abandonaron o persiguieron. En otras palabras, cuando el pueblo comenzó a luchar por adquirir el capital social, económico y cultural que había sido de las elites y los terratenientes, es decir cuando ya no peleaban por los intereses de uno u otro partido sino por los propios, los líderes políticos comenzaron a realizar acciones punitivas.

Por otra parte, en varios textos Caballero realiza reflexiones acerca de cuáles son las causas de la Violencia y sobre todo de las pasiones políticas del pueblo: la pobreza y el tedio producto de la falta de educación, de recreación y arte. En un artículo de 1949 titulado *La vida inútil. Cartas de Boyacá y Santander* sobre Santa Rosa de Viterbo, pueblo ubicado en Boyacá, el escritor menciona que este, al igual que otros pueblos de Colombia, es un

pueblo pobre, sin un solo baño, sin una sola buena carretera... donde jamás se oye cantar, donde las muchachas no bailan, donde los pájaros no cantan porque los matan a flechazos los niños de la escuela pública. Donde nunca se ha jugado a la pelota o se han concertado partidas de futbol, o se han capeado toros en la plaza. Donde el mes de diciembre es el más triste del año, el domingo el día más despreciable de la semana y las horas de descanso cuando se oculta el sol tras la loma encina, las más ingratas de la jornada, porque nadie sabe qué hacer con ellas [...] no florecen ideales, porque no hay siquiera una vasija despotillada con claveles que alegre las ventanas de las casas. Nadie sueña con nada. Si no fuera por la política la gente se moriría de aburrimiento. (N°306, p. 3)

En otras palabras, el abandono al que habían sido sometidos estos pueblos por parte del Estado no era únicamente económico, sino que las artes y la cultura tan necesarias para

el desarrollo del individuo, les habían sido negadas, manteniéndolos en la ignorancia y sin ningún ideal, con el objetivo de que fuera mucho más sencillo manipularlos para que pelearan por los intereses políticos y económicos de las elites que gobernaban en ese momento.

Esta preocupación por la constitución de un campo cultural al cual una parte (en este punto se debe tener en cuenta sus posiciones frente a grupos culturales como los afrodescendientes o indígenas) de los ciudadanos tuvieran acceso, lo cual les permitiría obtener un capital cultural, es una constante en varios de los textos que el autor publica en estos años tales como *Las carreteras políticas. Cartas de Boyacá y Santander* (1949), *El acuerdo político* (1951) y *Los bocadillos de Vélez y la violencia* (1949), en ellos expresa la urgencia de la constitución de instituciones de educación y culturales así como el acceso de la mayoría de la población a estas instituciones para que no se repitan este tipo de conflictos (N°419, 1949; N°475), es decir, el hecho de que el capital cultural perteneciera a unos pocos grupos privilegiados facilitó la manipulación de los votantes, pues si la población hubiera podido acceder a este tipo de capital, el ejercicio democrático de la elección de unos representantes no se hubiera trastornado en esos “afectos políticos” hasta el punto de que cientos de ciudadanos estuvieron dispuestos a morir y matar por defender al caudillo de turno y a las ideas que este representaba.

## **Conclusiones**

Aunque se han realizado numerosos estudios sobre esta época, en este trabajo se intentó realizar un acercamiento a las problemáticas sociales y culturales a través de la teoría de los campos de Bourdieu, se pudo observar que esta teoría resulta bastante útil para

explicar desde otra perspectiva varios fenómenos de las luchas que se dieron en el campo del poder por el acceso a los diferentes tipos de capital.

La Violencia fue una época de transición en la cual no se logra dar una ruptura completa del campo cultural respecto al económico y político, sin embargo, es un periodo en que, como se vio a lo largo de esta investigación, se comenzaron a dar las condiciones económicas necesarias para el desarrollo del mercado cultural como por ejemplo la constitución de algunas instancias de producción, reproducción, difusión y consagración, las cuales fueron constituidas, en parte, gracias a la proliferación de revistas culturales que hubo durante esta época y que permitieron en cierta medida la profesionalización del escritor. Así mismo se dio la formación e incremento de un público lector interesado en consumir estas nuevas producciones literarias; por parte de la crítica se da la creación de una nueva categoría: la novela de la Violencia; este hecho también permitió que los escritores exploraran otros géneros diferentes a la poesía como la novela y que hubiera editoriales interesadas en publicar este tipo de novelas, en definitiva, esta época de transición fue la semilla que permitió que en los años sesenta se lograra una mayor división de estos campos y una mayor autonomía de los productores culturales.

El conflicto también posibilitó que los intelectuales comenzaran a cuestionarse a cerca de su función dentro de la política del país y cómo estaban contribuyendo a que las problemáticas se solucionaran. En el caso de Eduardo Caballero Calderón, el autor experimenta una especie de desencanto al no ver resultados en sus gestiones dentro de las funciones que adquirió como “servidor público” y al percatarse de que ambos partidos políticos habían propiciado un ambiente de guerra para defender sus intereses económicos. Estos hechos permitieron que el autor concentrara sus esfuerzos en su quehacer literario y



comenzara a indagar y ensayar nuevas formas narrativas que le permitan hacer reflexiones éticas a partir de lo estético acerca de la realidad que lo circundaba.

Por otra parte, este acercamiento al pensamiento de Caballero, a través de algunos textos poco conocidos, revela el conocimiento que tenía el autor respecto al estado del campo cultural y, sobre todo, sus preocupaciones respecto al poco desarrollo de este campo y del subcampo literario, no solo porque este hecho no permitía la profesionalización del escritor, sino porque limitaba el acceso al capital cultural de la mayoría de los habitantes del país. Así mismo estos textos revelan varias contradicciones en las posturas del autor, propias de la época de transición que estaba viviendo, pues a pesar de que este se declaraba librepensador, defensor de los grupos menos favorecidos y en los diferentes proyectos culturales que emprendió trató de democratizar la cultura, pues uno de sus principales intereses era la popularización del pensamiento europeo, así como de formas de arte populares, por ejemplo, en sus programas radiales pasaba música típica de diversas regiones del país y es bien sabido que en varios de sus textos intentó reivindicar al hombre del campo y su labor, en él permanecían imaginarios racistas, antiindigenistas y antisemitas, que eran más comunes encontrarlos en intelectuales de derecha. Los imaginarios que el autor seguía reproduciendo en sus discursos eran bastante peligrosos pues no permitían la inclusión de diferentes grupos poblacionales como los judíos, afrodescendientes o indígenas a las dinámicas económicas y de desarrollo del país. Este hecho también da cuenta de que para la legitimación y difusión de este tipo de discursos no influye la filiación política del intelectual, sino el poder ejercido por los grupos dominantes dentro del campo del poder, así como la identificación del intelectual con estos grupos, puesto que es innegable que en un país que tenía los índices de alfabetización más bajos de

Latinoamérica, los grupos de intelectuales se presentaban como una elite, es decir un grupo dominante, del cual Caballero hacía parte por lo cual legitimaba y seguía reproduciendo discursos que marginaban, aún más, a varios grupos culturales del país.

Por último, es necesario señalar que este solo es un acercamiento a las posturas de este intelectual, pues su obra en prensa es muy extensa y ha sido muy poco estudiada, sobre todo las producciones en prensa que hicieron parte de una época que marcaría el camino de los productores culturales del país, pues a partir de este momento la violencia no dejaría de cuestionarlos y de exigir que ellos, a través de la literatura u otras formas artísticas, objetivaran la realidad que estaban viviendo. Por consiguiente aún quedan puntos por ampliar en futuras investigaciones, a saber, la relación entre las posturas de Caballero respecto a la raza y su concepción de democracia y nación, puesto que este trabajo evidenció que para mediados del siglo XX se continuaba limitando la participación ciudadana en la esfera pública de estos grupos culturales.

#### **Relación de artículos consultados en el semanario *Sábado***

<b>Título</b>	<b>Sección</b>	<b>Fecha</b>	<b>Clasificación</b>
Figuras literarias	Figuras literarias	Enero 12 de 1946	Campo cultural
El profesor López de Mesa	Figuras literarias	Enero 19 de 1946	Campo cultural
Juan Lozano y Lozano (Apuntes para la elegía de un escritor)	Figuras literarias	Febrero 2 de 1946	Campo cultural
Germán Arciniegas	Figuras literarias	Febrero 9 de 1946	Campo cultural
Los Piedracelistas y su Crítico	Figuras literarias	Febrero 23 de 1946	Campo cultural
Hernando Téllez	Figuras literarias	Marzo 9 de 1946	Campo cultural
Silvio Villegas	Figuras literarias	Marzo 16 de 1946	Campo cultural

Armando Solano	Figuras literarias	Mayo 18 de 1946	Cultura y raza
Los historiadores	No aplica	Mayo 25 de 1946	Campo cultural
Breve disertación sobre la escuela.	Ensayos y ensayistas	Agosto 3 de 1946	Campo cultural
Alberto Lleras escritor. Del humorista bohemio al estadista ejemplar	No aplica	Agosto 10 de 1946	Campo cultural
Carta recriminatoria a Hernando Téllez: La esterilidad intelectual de nuestras juventudes.	No aplica	Agosto 31 de 1946	Campo cultural
Antes y después del 9 de abril	Reflexiones sobre política	Diciembre 18 de 1948	La Violencia
Redistribución de los problemas Colombianos	No aplica	Enero 22 de 1949	Cultura y raza
La inmigración una necesidad de Colombia. El banco del inmigrante	No aplica	Febrero 5 de 1949	Cultura y raza
La vida inútil. Cartas de Boyacá y Santander. Carta séptima	No aplica	Junio 11 de 1949	La Violencia
Las carreteras políticas. Cartas de Boyacá y Santander. Octava Carta.	No aplica	Junio 18 de 1949	La Violencia
La vergüenza nacional.	No aplica	Julio 2 de 1949	Cultura y raza
El acuerdo político	No aplica	Octubre 13 de 1951	Campo cultural y Violencia
Los bocadillos de Vélez y la violencia	No aplica	Enero 17 de 1953	La Violencia

## Referencias

- Acevedo, C. (2010). Eduardo Caballero Calderón: panorámica de su obra ensayística. *Estudios de Literatura Colombiana*, (27), Jul-Dic, 119-134.
- Achury, D. (1945, 27 de octubre). La extensión cultural en 1945. *Sábado*, 3(120), 2.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161424](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161424)
- Acosta, P. (1951, 1 de septiembre). ¿Por qué no tenemos industria editorial? *Sábado*, 9(414), 2.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161441](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161441)
- Alape, A. (2018). El 9 de abril: muerte y desesperanza. En García, A. (Ed.), *Versiones del Bogotazo* (1.ª ed., pp. 15-44). Instituto Distrital De Las Artes (IDARTES).
- Altamirano, C. (2013). Intelectuales: nacimiento y peripecia de un hombre. *Revista Nueva Sociedad*, (245), 38-53.  
<https://biblat.unam.mx/hevila/Nuevasociedad/2013/no245/3.pdf>
- Angulo, A. (1984). Prólogo. En Molano, A. *Los años del tropel. Relatos de la violencia* (pp. 9-21). Editorial Presencia.
- Arango, J. (1945, 13 de octubre). Escritores, premios y publicaciones. *Sábado*, 3(118), 3.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161424](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161424)
- Barrera, O. J. (2009). Folclor, indigenismo y mestizaje durante la república liberal. *Maguaré*, (23), 133-153. <http://www.bdigital.unal.edu.co/19028/1/14976-45183-1-PB.pdf>
- Beigel, F. (2003). Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana. *Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social*, 8(20), 105-115.  
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2733727>
- Boletín Cultural y Bibliográfico. (2003). Cronología de Eduardo Caballero Calderón. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 40(62), 176-178.  
[https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin\\_cultural/article/view/1093/1399](https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/1093/1399)

- Bourdieu, P. (1990). El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método. *Criterios*, 25-28, 20-42. <https://www.yumpu.com/es/document/read/14592375/el-campo-literario-prerrequisitos-criticos-y-principios-de-metodo>
- Bourdieu, P. (1995). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Editorial Anagrama.
- Bourdieu, P. (2000). *Cosas dichas*. Gedisa Editorial.
- Bourdieu, P. (2002). *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Editorial Montessor. <http://www.redmovimientos.mx/2016/wp-content/uploads/2016/10/Bourdieu-P.-2002.-Campo-de-poder-campo-intelectual.-Itinerario-de-un-concepto.-Editorial-Montessor.pdf>
- Bourdieu, P., y Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Siglo XXI Editores
- Bourdieu, P. (2010). *El sentido social del gusto*. Siglo XXI Editores.
- Builes, C. (2012). Los intelectuales, la violencia y el poder. El caso de Jorge Gaitán Durán (1924-1962). *Analecta política*, 3(4), 93-11. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5206416>
- Caballero, B. (2003). Swann y el sueño bolivariano. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 40(62), 20-37. [https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin\\_cultural/article/view/1061/1070](https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/1061/1070)
- Caballero, E. (1946, 2 de febrero). Juan Lozano y Lozano (Apuntes para la elegía de un escritor). *Sábado*, 4(134), 1,7. [https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161343](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161343)
- Caballero, E. (1946, 3 de agosto). Breve disertación sobre la escuela. *Sábado*, 4(160), 7,10. [http://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161302](http://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161302)

- Caballero, E. (1946, 10 de agosto). Alberto Lleras el escritor. Del humorista bohemio al estadista ejemplar. *Sábado*, 4(161), 8, 15.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161302](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161302)
- Caballero, E. (1946, 31 de agosto). Carta recriminatoria a Hernando Téllez: La esterilidad intelectual de nuestras juventudes. *Sábado*, 4(164), 2.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161302](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161302)
- Caballero, E. (1948, 18 de diciembre). Antes y después del 9 de abril. *Sábado*, 6(282), 1,14.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161318](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161318)
- Caballero, E. (1949, 22 de enero). Redistribución de los problemas nacionales. *Sábado*, 7(286), 3.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161332](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161332)
- Caballero, E. (1949, 5 de febrero). La inmigración una necesidad de Colombia. El banco del inmigrante. *Sábado*, 7(288), 2.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161346](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161346)
- Caballero, E. (1949, 11 de junio). La vida inútil. Cartas de Boyacá y Santander. *Sábado*, 7(306), 3.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161374](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161374)
- Caballero, E. (1949, 18 de junio). Las carreteras políticas. Cartas de Boyacá y Santander. *Sábado*, 7(307), 2.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161374](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161374)
- Caballero, E. (1949, 2 de julio). La vergüenza nacional. Cartas de Boyacá y Santander. *Sábado*, 7(309), 1,2.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161361](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161361)
- Caballero, E. (1950, 7 de octubre). Emisora H.J.C.K. El mundo en Bogotá. Programa de la semana. *Sábado*, 8(372), 15.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161429](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161429)
- Caballero, E. (1951, 13 de octubre). El acuerdo político. *Sábado*, 9(419), 1,10.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161430](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161430)

- Caballero, E. (1953, 17 de enero). Los bocadillos de Vélez y la violencia. *Sábado*, 11(475)5.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161336](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161336)
- Castaño, A. (2007) Las emisoras no comerciales en palabras de sus directores. *91.9: La revista que suena*, (24), 17-25.  
[https://www.javeriana.edu.co/javerianaestereo/portal/documents/91.9\\_Revista.pdf](https://www.javeriana.edu.co/javerianaestereo/portal/documents/91.9_Revista.pdf)
- Escobar, A y Bedoya, L. (1984) *Eduardo Caballero Calderón*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Escobar, A. (1997). *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana*. Universidad Central.
- Fals, O. (1985). Lo sacro y lo violento, aspectos problemáticos del desarrollo en Colombia. En Cárdenas, M. (Ed.), *Once ensayos sobre la Violencia* (1.ª ed., pp. 25-53). Editorial Presencia.
- Fedra. (1946, 23 de marzo). De Fedra a Fedro. *Sábado*, 4(141), 5.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161384](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161384)
- Fedro. (1946, 12 de enero). Figuras literarias. *Sábado*, 4(131), 5.  
[http://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161329](http://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161329)
- Fedro. (1946, 19 de enero). El profesor López de Mesa. *Sábado*, 4(132), 5.  
[http://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161329](http://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161329)
- Fedro. (1946, 9 de febrero). Germán Arciniegas. *Sábado*, 4(135), 1,14.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161343](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161343)
- Fedro. (1946, 23 de febrero). Los Piedracelistas y su crítico. *Sábado*, 4(137), 5, 14.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161343](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161343)
- Fedro. (1946, 9 de marzo). Hernando Téllez. *Sábado*, 4(139), 7.  
[http://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161384](http://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161384)
- Fedro. (1946, 16 de marzo). Silvio Villegas. *Sábado*, 4(140), 7,14.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161384](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161384)

- Fedro. (1946, 25 de mayo). Los historiadores. *Sábado*, 4(150), 2.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161397](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161397)
- Gilhodés, Pierre. (1985). La violencia en Colombia; bandolerismo y guerra social. En Cárdenas, M. (Ed.), *Once ensayos sobre la Violencia* (1.ª ed., pp. 189-209). Editorial Presencia.
- González, R. y Molinares, I. (2013). Movimiento obrero y protesta social en Colombia. 1920-1950. *Historia Caribe*, 8(22), 167-193.  
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=93729727007>
- Guzmán, G., Fals, O., y Umaña, E. (1962). *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. Ediciones Tercer Mundo.
- Hernández, J. A. (2000). Los leopardos y el fascismo en Colombia. *Historia y comunicación social*, (5), 221-228.  
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=619070>
- Herrera, M. C. y Díaz, C. J. (2001). Bibliotecas y lectores en el siglo XX colombiano: la Biblioteca Aldeana de Colombia. *Revista Educación y Pedagogía*, 13(29-30), 103-111. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/revistaeyp/article/view/7510>
- Hobsbawn, E. J. (1985). La anatomía de “La violencia en Colombia”. En Cárdenas, M. (Ed.), *Once ensayos sobre la Violencia* (1.ª ed., pp. 11-25). Editorial Presencia.
- Jiménez, D. (1992). *Historia de la crítica literaria en Colombia. Siglos XIX y XIX*. Editorial Presencia.
- Leal, L. M. (2011). *Colombia frente al antisemitismo y la inmigración de judíos polacos y alemanes 1933-1948* [tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. Repositorio institucional UN. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/7615>
- Monroy, L. (2010). La novela de la violencia bipartidista y una reflexión sobre la violencia posterior. *Cien años de novela en el Tolima 1925-2005* (pp.31-95). Oficina de Investigación. Universidad del Tolima.



- Molina, L. C. (1993). *Gran enciclopedia de Colombia. Biografías I* (T. 9). Círculo de Lectores.  
<https://archive.org/details/GranEnciclopediaDeColombiaTomo9BiografiasICirculoDeLectores1993/page/n103/mode/2up>
- Morales, J. C. (2014). *Incidencia de la Reforma Agraria de 1936 en la creación de Autodefensas Campesinas en Colombia* [monografía, Universidad del Rosario]. Repositorio institucional EdocUR.  
<https://repository.urosario.edu.co/bitstream/handle/10336/8923/1082932448-2014.pdf?sequence=3>
- Nasi, C., Ramírez, W. y Lair, E. (2003). La guerra civil. *Revista de Estudios sociales*, (14), 119-124. <https://journals.openedition.org/revestudsoc/26727?lang=pt>
- Osorio, O. (2006). Siete estudios sobre la novela de la Violencia en Colombia, una evaluación crítica y una nueva perspectiva. *Revista Poligramas*. (25), 85-107.
- Osorio, O. (2016). En torno a la dimensión literaria de *Viento seco*. *Acta Literaria*, (53), 111-125. [https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0717-68482016000200008](https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-68482016000200008)
- Osuna, R. (2004). *Las revistas literarias*. Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- Padilla Chasing, I. (2017). *Sobre el uso de la categoría de La violencia en el análisis y explicación de los procesos estéticos colombianos*. Filomena.
- Patiño, O. (2017). *Historia privada de la violencia*. Penguin Random House.
- Pécaut, D. (1985). Reflexiones sobre el fenómeno de la violencia. En Cárdenas, M. (Ed.), *Once ensayos sobre la Violencia* (1.ª ed., pp. 171-189). Editorial Presencia.
- Pecourt, J. (2007). El intelectual y el campo cultural. Una variación sobre Bourdieu. *Revista Internacional de Sociología*, 65(47), 23-43.  
<http://revintsociologia.revistas.csic.es/index.php/revintsociologia/article/view/51>

- Poveda, F. (1948, 7 de agosto). Municipio colombiano. Por el conocimiento y reivindicación de la provincia. *Sábado*, 6(263), 12.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161427](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161427)
- Redacción El Tiempo. (2010, 14 de septiembre). *La emisora H.J.C.K. cumple 60 años apostándole a la información cultural*. El Tiempo  
<https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-7905554>
- Restrepo, M. (1990). Revista de las indias, un proyecto de ampliación de fronteras. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 7(27), 25-41.  
[https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin\\_cultural/article/view/2488/2562](https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/2488/2562)
- Restrepo, L. (1985). Niveles de realidad en la literatura de la ‘violencia’ Colombiana. En Cárdenas, M. (Ed.), *Once ensayos sobre la Violencia* (1.ª ed., pp. 119-169). Editorial Presencia.
- Sábado. (1943, 17 de julio). Editorial. *Sábado*, 1(1), 2.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161355](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161355)
- Sábado. (1949, 29 de octubre). Una semana decisiva. ¿Cómo pueden realizarse las elecciones? *Sábado*, 7(326), 1,2.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161428](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161428)
- Sábado. (1950, 9 de septiembre). Nueva estación. *Sábado*, 8(367), 11.  
[https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es\\_ES/search/asset/161440](https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/161440)
- Sánchez, G. y Meertens D. (2002). *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la Violencia en Colombia*. El Ancora Editores.
- Sarlo, B. (1992). Intelectuales y revistas: razones de una práctica. *América. Cahiers du CRICCAL*, (9-10), 9-16. [https://www.persee.fr/doc/ameri\\_0982-9237\\_1992\\_num\\_9\\_1\\_1047](https://www.persee.fr/doc/ameri_0982-9237_1992_num_9_1_1047)
- Sartre, J. P. (1981). *¿Qué es la literatura?* [Situations, II] (A. Bernárdez, trad.; 7.ª ed.). Editorial Losada.

- Señal Memoria (2014, 27 de marzo). *La voz y el legado de Álvaro Castaño Castillo en Señal Memoria*. Señal Memoria. <https://www.senalmemoria.co/articulos/la-voz-y-el-legado-de-alvaro-castano-castillo-en-senal-memoria>
- Torres, O. (1991). Sábado: crónica de un semanario democrático. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 28(27), 41-52. <https://core.ac.uk/reader/151206466>
- Uribe Escobar, D. (2006). Evolución de la educación en Colombia durante el siglo XX [Editorial]. *Revista del Banco de la República*, 79(940), 1-16. <https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/banrep/article/view/8505>
- Urrego, M. (2002). *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la guerra de los Mil Días a la constitución de 1991*. Siglo del Hombre Editores.
- Williams, R. (1991). *Novela y poder en Colombia, 1844-1984* [introducción]. Tercer Mundo Editores.
- Zambrano, F. (2002). De la Atenas suramericana a la Bogotá moderna. La construcción de la cultura ciudadana en Bogotá. *Revista de estudios sociales*, (11), 9-16. <https://journals.openedition.org/revestudsoc/27463>
- Zanetti, S. (2002). *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*. Beatriz Viterbo Editora.